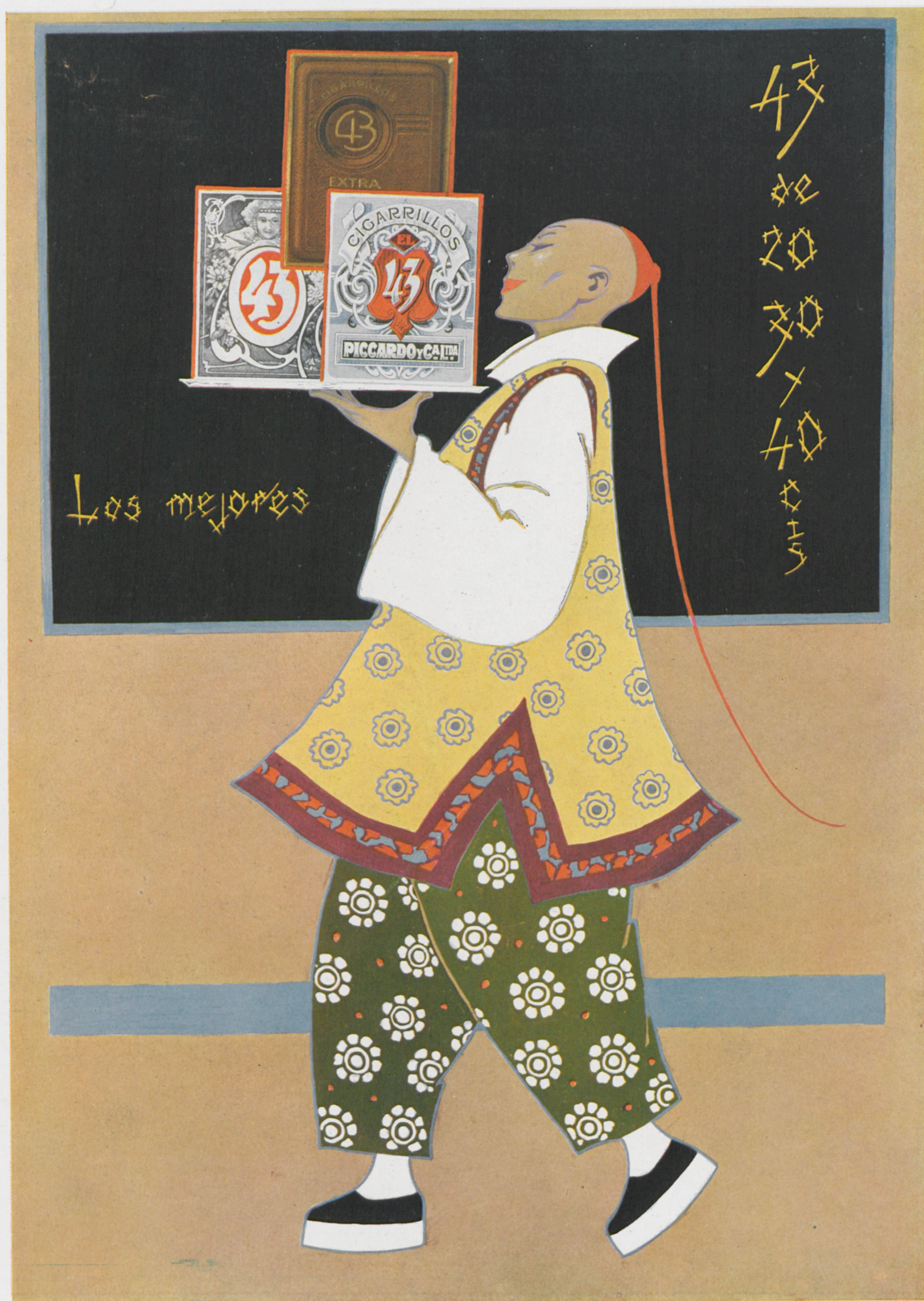




ALPOCADO
OLEO D JUAN ALONSO



Los mejores

43
42
20
30
40
50

Año IV
Núm. 42

Plus & Ultra

Buenos Aires
Octubre 1919



FOTO
FRANS
VAN RIEL

Sra
Enriqueta
Cavallero
de
Catalin

LOS HÉROES ANÓNIMOS

— No me gusta hablar de mi persona — dijo modestamente el viejo Quilques, — porque lo primerito que dicen las malas lenguas es que uno quiere darse tono; pero, ya que ustedes están empeñados, no tendré más remedio que contarles algo de mi vida. Disculpen, si me propaso...

— No se fije en eso, amigo — expresó con sorna el comisario, — porque aquí todos sabemos quién es usted y no hay naide en esta reunión capaz de poner en duda la verdad de sus asertos, a más que su modestia es conocida en el pago, como la plata...

— De juro — agregó el juez sonriéndose, con discreción propia de la justicia; — los hombres como usted, compañero, tienen derecho a alabarse, porque pertenecen a la historia, aunque sus hechos gloriosos parezcan increíbles...

Los circunstantes, que eran muchos, prorrumpieron en clamorosas manifestaciones, preparándose a oír anécdotas de curioso y nunca igualado valor, dichas con la vehemencia del que ha sido actor real o ha imaginado serlo, que todo es lo mismo cuando nadie se ha de tomar la ardua tarea de hacer investigaciones comprobatorias...

— Güeno — continuó Quilques, inclinando la cabeza, un poco ruborizado, — cuando yo tenía veinte años era lindo mozo...

— Ya se ve por la muestra — dijo el pulpero.

— Ansina es, amigazo, contestó el aludido; y eso que, como pasa con las bebidas que usted nos vende, mi cara se conserva agradable, gracias al agua pura... solamente. El comerciante quiso decir algo, pero no se le entendió, a causa del alboroto que produjo la ocurrencia del viejo. Restablecido el silencio, éste siguió su discurso:

— Era lindo mozo, muy enamorado y mujereño, como empleo de polecia...

— Respete a la autoridad — interrumpió el comisario, fingiendo enojo.

— Perdón si le pegué, comandante, pero yo tiré a la bandada con mala puntería. Y como siempre sucede con los chambones, ha caído un inocente...

Redoblaron las carcajadas y los gritos, que parecían inacabables. Entonces un paisano, impaciente, dijo:

— Dejelón hablar, porque sino, nunca va a desenrollar el lazo.

— Gracias, aparcero, por la ayuda que me ha prestao tan a tiempo — contestó Quilques, colocando en la mesa la copa que acababa de empuñarse...

Y aura — prosiguió, limpiándose la boca con la mano — voy a continuar mi narración, si no me atajan otra vez...

Como era enamorado, tenía muchas novias, y una con potrero reservao en mi corazón. Nunca la olvidaré, porque era güena moza, con un cuerpo capaz de dar hambre al más satisfecho y unos ojos negrazos, de esos que cuando miran prienden juego las entrañas, como si fueran de pasto seco...

La guerra ardía en tuito el país, y yo había ido a la casa de mi prenda a despedirme, porque estaba resuelto a esconderme en el monte, pa no servir a naide. Me encontraba en la puerta del rancho, teniendo el caballo de la rienda, cuando se me echaron encima unos cuantos milicos, sin darme tiempo a disparar... el trabuco.

Era una leva del gobierno;

— Monte en seguida — me gritó el capitanejo, que los mandaba — y marche con nosotros.

Me arriaron, pues, haciéndome servir a la juerza. La muchacha ¡pobrecita! era un mar de llanto.

— No llorés, prenda le dije de lejos, pa consolarla, — que pronto te va a ver mi recaó...

Los milicos se rieron y a mí me dentro tal indignación, que si no hubiera sido porque estaba atao codo con codo, allí no más dejo dos o tres acostaos... durmiendo la siesta e la eternidad.

Al prencipio, la vida militar me pareció muy dura, pero el hombre que es hombre sabé jinetear



el destino, y en poco tiempo me hice soldao. Los jefes estaban contentos conmigo y ¡cómo no! si era guapetón y animoso como ninguno. Pronto me hicieron clase y me dieron pa mandar una compañía de indiazos crudos, tuitos lanceros veteranos.

No habíamos peleao entuavía, porque había mucha escasés de armamento; pero una mañana, tan fría que los pastos parecían vidrios por la escarcha, cayó sobre nosotros una nube de contrarios, que de la primera descarga nos barrieron, matándonos al coronel y a tuitos los oficiales.

El caso era apretao, y comprendiendo que tuita la responsabilidad caía sobre mí, hice la pata ancha, como se dice, impartiendo órdenes al resto de la gente. Formaron bajo el fuego, y cuando vi que estaban montaos y con las lanzas firmes, les grité:

— Muchachos, saquesén los ponchos, que en el otro mundo no hace frío...

Me comprendieron, como güenos criollos, y se quedaron en un santiamén con el cuero al sol.

— Aura — volví a gritarles — a la carga y a morir cada uno en su ley.

Eramos unos quinientos y los enemigos más de cuatro mil; pero, ¡qué importaba! ¡quién iba a poder con nuestro coraje!

Atropellamos como fieras que salen de la jaula y jué tan tremenda la arremetida, que los fletes pasaron de lao a lao el ejército enemigo, dejando un camino de muertos, lo mesmo que cuando pasa la segadora por un campo e trigo...

Dimos güelta cara y atacamos con más juria, cien y cien veces, abriendo boquetes por donde entrábamos.

Dispués vino el entrevero más bárbaro que he visto en mi vida; las lanzas se cruzaban de pecho a pecho, formando una empalizada y las astillas de las chuzas volaban como pajas en día de trilla, con fuerte viento.

¡Qué mortandá, virgen santa! Yo perdí unos cien hombres, tuve que cambiar veinte ocasiones de caballo y salí casi enterito del combate, porque no hicieron más que pegarme un lanzazo en un costao, hondo de media cuarta; pero pronto se me curó sin remedios.

Tres días dispués de la vitoria, apareció el general en jefe al frente del ejército.

— ¿Y el enemigo? — me preguntó, en cuanto me vió.

Cuentos del viejo Quilques

— Ya no hay enemigo — le contesté — haciéndole la venia.

Y con tuita sencillez le mostré el campo e batalla, sembrao de lanzas y juciles.

— Está redotaó completamente, mi general. He tomao treinta cañones, tres mil lanzas y mil prisioneros; los demás ya son dijuntos.

Cuando se convenció de que yo no mentía, hizo formar la gente en línea e parada. Redoblaron los tambores y sonaron los clarines, en una diana que parecía un saludo a la gloria. En seguida se alzó sobre los estridos y dijo con voz tan fuerte que repercutió por los campos y sierras:

— Soldaos: el teniente coronel Quilques...

Yo le interrumpí poniendo en alto el sable:

— Gracias, mi general, por el acenso...

El continuó en el mismo tono: — El coronel Quilques...

Y yo volví a interrumpirlo: — Gracias, mi general, por el segundo grado...

Y últimamente resolví callarme, porque sino el hombre, de entusiasmo, iba a acabar con tuito el escalafón.

— El coronel Quilques — siguió el general — ha llevao a cabo una acción heroica, dina de pasar a la historia militar del país. Con un puñao de reclutas mal armaos ha deshecho completamente al enemigo. En nombre del gobierno ordeno que, de hoy en adelante, no se le llame coronel a secas, sino héroe invito de la patria...

Yo, al oírlo, me puse a llorar como una criatura... muerta de hambre... y los soldaos se pasaron las manos por los ojos, pa limpiarse las lágrimas...

Cuando el viejo Quilques terminó su narración, un verdadero delirio se apoderó de los oyentes y si no es por la intervención del comisario, el héroe habría sufrido algún contratiempo grave. De tal magnitud eran los abrazos y los estrujones que le daban... Aprovechando un momento de tregua, el juez de paz, siempre taimado y socarrón, interrrogó a Quilques:

— ¿Y la novia, qué se hizo a todo esto? No nos ha hablao nada de ella.

— Aura verán — respondió el viejo, achicando los ojos: — cuando iba acercándome al pago de güelta, porque la guerra había acabao — yo venía pensando en la muchacha y me decía:

— Si es fiel... ha de estar con otro...

Y ansina jué, porque, al entrar al rancho, la ví vestida de novia, del brazo de un endevido con cara e sonso, qui iba a ser el marido.

La pobrecita casi se desmayó del susto, pero yo, con el triunfo, me había güuelto generoso, y a quema ropa, pa que viese que aquello no me importaba, le dije al oído, poniendo mi cabeza entre ella y el prometido:

— No importa que te casés, si no me olvidás...

— Eso está bien explicao, repuso el juez, riéndose a carcajadas, pero hay un punto muy oscuro que precisa aclaración, y es éste: yo hace más de cincuenta años que vivo en la sesión y treinta que aministro justicia, y nunca supe que usted había sido soldao, ni que era héroe invito. Siempre lo conocí cantor, guitarrero, domador de potros... y más pacífico que un santo.

— Espérese, amigo — replicó Quilques, sin inmutarse — lo que usted dice es cierto, pero también es cierto que si se escaaba un poco, tuitos los guerreros de la historia, que el clarín de la fama ha pregonao, han sido tan heroicos y han ganao tantas batallas como yo. Son cuentos, amigazo, que han repetido los sonsos, durante muchos años, y que a juerza de contarlos se hicieron verídicos.

Aura ustedes, que son gente a propósito pa eso, repitan la historia de mis hazañas, y puede que, con el andar del tiempo, se le haga cierto al gobierno y me regale una pensionsita pa pasar la vejez...

SANTIAGO MACIEL.

ILUSTRACIÓN DE PELAEZ.

EL CONVENTO DE SAN LORENZO

A poca distancia de Rosario y sobre la escarpada margen del Paraná, álzase todavía el convento franciscano a cuyo abrigo inauguró el glorioso San Martín sus triunfos libertadores.

El histórico edificio, sencilla obra de mediados del siglo XVIII, es un verdadero modelo de pobreza franciscana. No hay allí claustros artesonados, ni lujosos altares ni obras maestras artísticas. Pero, en cambio, su valor como reliquia histórica está por encima de toda valorización.

Comprendiéndolo así, las comunidades que se han sucedido desde el histórico hecho hasta nuestros días trataron de conservar incólumes las habitaciones y parajes que el buen hado de la patria argentina convirtió en viveros de libertad. Algunas construcciones se han realizado, mas siempre respetando las construcciones antiguas, libres hasta ahora de irreverente refacción.

El viajero patriota y los turistas extraños que visitan aquel monumento no pueden apartar de la fantasía la sombra bélica que sobre el convento puso el combate de San Lorenzo.

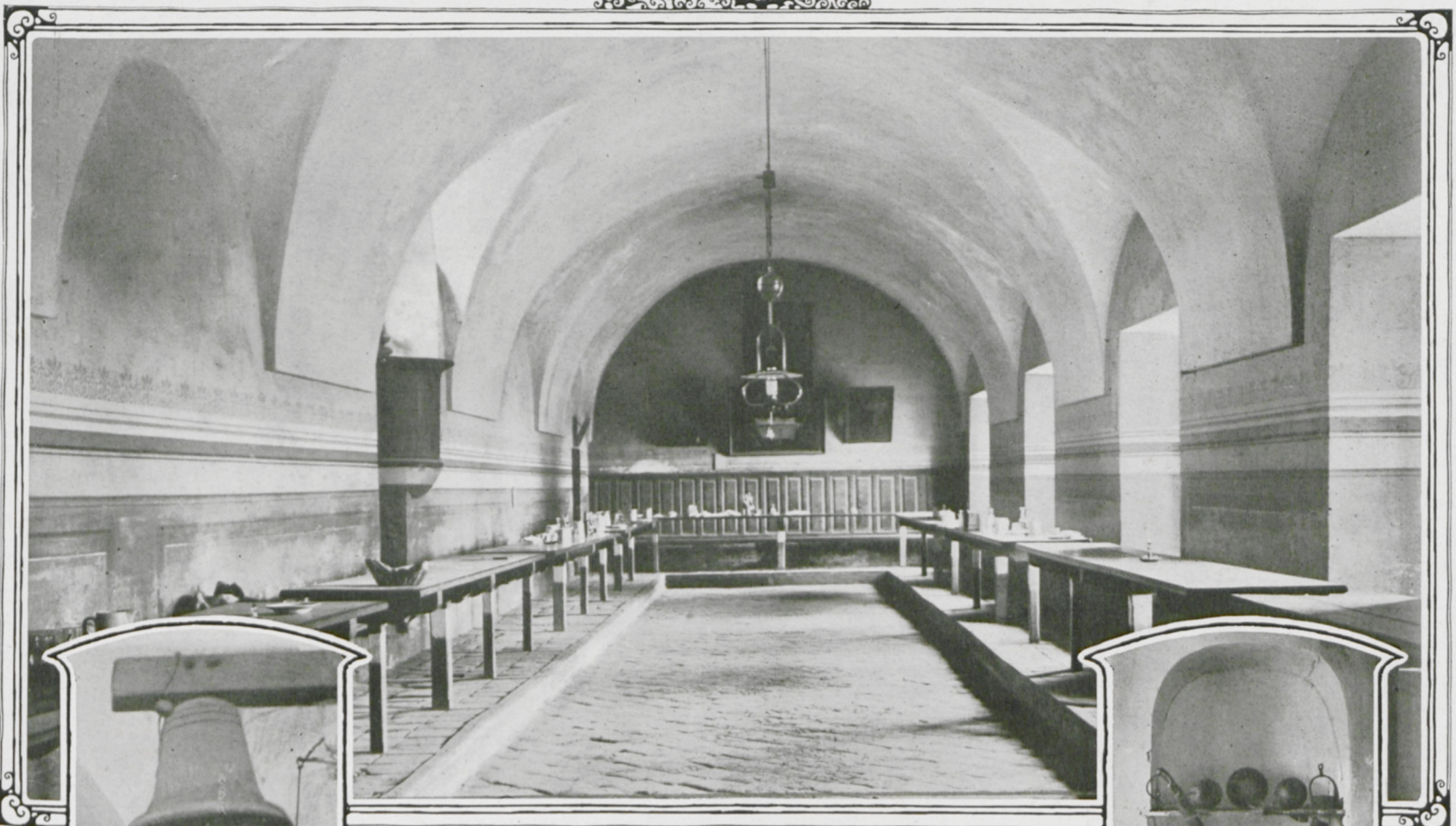
Allí está la celda cenobítica donde el coronel don



José de San Martín reposó antes y después de la batalla; allí el campanario desde cuya altura observó el desembarco de las fuerzas realistas; allí el refectorio de los novicios que los horrores de la lucha convirtieron en hospital donde los veintisiete granaderos heridos soportaron sus dolores, donde el heroico capitán Bermúdez, el abnegado sargento Cabral y sus camaradas reposaron en la inmortalidad; allí la capilla del tedéum, y en las afueras el camposanto que sirvió de emboscada a los dos escuadrones, y el pino bajo cuya sombra el héroe firmó el victorioso parte. Todo se reúne para ofrecer un cúmulo de recuerdos que obsesiona la mente. Una visita al convento equivale a una inolvidable lección de historia y a una peregrinación de alto significado cívico.

Los actuales monjes muestran con cierto orgullo, compatible con su modestia, despojos del combate: balas de los cañones realistas, una moharra de lanza granadera, sables granaderos, estribos, espuelas y otras reliquias recogidas en el campo de ba-

DESDE ESTE HISTÓRICO CAMPANARIO EL GENERAL SAN MARTÍN OBSERVÓ EL DESEMBARCO DE LAS TROPAS REALISTAS.



EL ACTUAL REFECTORIO DE LOS NOVICIOS FRANCISCANOS FUÉ UTILIZADO COMO HOSPITAL DE SANGRE.

ESTA VIEJA CAMPANA REPICÓ EN SON DE TRIUNFO.

DESPOJOS RECOGIDOS SOBRE EL CAMPO DE BATALLA.



FRAY SANTIAGO BARI-
LARO, ACTUAL PADRE
GUARDIÁN DEL HIS-
TÓRICO MONASTERIO.



ANTICUÍSIMO TA-
BERNÁCULO, ES-
CULPIDO POR LOS
INDIOS DE LA
MISIÓN JESUÍ-
TICA.



RELOJ DE 1727,
QUE SEÑALARA
LA HORA DEL
TRIUNFO.



CELDA DONDE REPOSÓ EL LIBERTADOR DESPUÉS DE VENCER A LAS TROPAS DEL CAPITÁN ZABALA.

talla. Y luego veis en el libro de actas del convento unas líneas que dan cuenta de las misas cantadas por el capitán y los soldados muertos. Y os enseñan la carta en que San Martín agradece la cooperación de los frailes. Toda la comunidad prestóse entusiasmada a los planes del entonces coronel, arriesgando sus existencias y la suerte del convento. Merced a esta ayuda, la flotilla enemiga pudo ser escarmentada y el edificio donde el libertador preparó sus planes fué desde aquel día, 3 de febrero de 1813, uno de los monumentos de la historia nacional. Así lo reconoce San Martín en la aludida carta que dirigió al R. P. Pedro García, superior del convento: «Sin duda alguna dirá usted que el coronel de granaderos se ha olvidado de usted y de su apreciable comunidad. No, señor: los beneficios del convento de San Carlos están demasiado grabados en mi corazón para que ni el tiempo ni la distancia puedan borrarlos...» Actualmente se agita la idea de declararlo monumento nacional, resolución que el patriotismo impone y que el expedienteo no debe retrasar.

DOLOR DE AUSENCIA

PORO
Juan de la Cruz Ferrer
MEMO DE
CENTURION

Es esta soledad, en este exilio,
busca alivio mi afán en los reflejos
de los días felices, del idilio
que unió mi vida a la que está tan lejos.
¡Ensueño de mi amor, que estás ausente!
De aquel tesoro de ilusión pasada
yo quiero, con visiones del presente,
reconstruir el arca abandonada.

Hoy he visto una boda. Vi del templo
salir a la pareja, silenciosa,
de amor y de recato bello ejemplo,
que rodeó la multitud curiosa.

Comentarios, diluidos en rumores,
un chiste malicioso, una ironía,
pasaban zahiriendo sus amores
o quizás envidiando su alegría.

Yo estaba entre esa gente sin sentido
ni emoción religiosa y que, dormida,
nunca advirtió cómo, al formarse un nido,
canta el Amor el himno de la Vida.

En medio de esa turba sin respeto,
que todo lo acomoda a sus antojos,
yo bendije a los novios, en secreto,
mientras sentía humedecer mis ojos.

Las pretéritas horas del ensueño
por mi cerebro desfilaron todas,
y sobre todas las de aquel risueño,
dulce y florido abril de nuestras bodas.

Hoy fui al jardín alegre de la infancia,
llevando mi nostalgia de cariños;
y aspiré de las flores la fragancia
y vi jugar a los traviesos niños.

¡Eran de ver las lindas criaturas
recibiendo, con cándida sonrisa,
al par que de los padres las ternuras
las caricias del sol y de la brisa!

Como los nuestros, ágiles y diestros,
por el césped corrían en bandada.
¡Disfrutaban lo mismo que los nuestros
en el jardín de la ciudad amada!

De aquel cuadro infantil el embeleso
tomó en mi corazón tonos sombríos.
¡Mi alma a los niños envolvió en un beso,
que imaginé llegaba hasta los míos!

En esta soledad, en este exilio,
buscó alivio mi afán, en los reflejos
de los días felices, del idilio
que unió mi vida a la que está tan lejos.

¡Ensueño de mi amor, que estás ausente!
De aquel tesoro de ilusión pasada
yo quise, con visiones del presente,
reconstruir el arca abandonada.

¡No pude, amada mía! Fué mi empeño
vana ilusión de rehacer la vida.
No encontré, cotejada con mi ensueño,
realidad que le fuese parecida.

La soledad forjóme la esperanza
de hallar tu imagen, por calmar mi anhelo,
y en hijos de otros ver la semejanza
que trajese a mi espíritu consuelo.

Si esas visiones mis sentidos hieren
y en ellas tuve yo mis ojos fijos,
¿qué vale la impresión que me sugieren,
si no son nuestro amor, ni nuestros hijos?

Buenos Aires, 1919.





ÓLO dos organismos quedaron en lucha en Bélgica cuando la ocupación alemana: la comuna encarnada en el grande y heroico burgomaestre de Bruselas Adolfo Max, la iglesia regida con mano firme y austera por el patriota monseñor Désiré

Mercier, cardenal-arzobispo de Malinas. Aherrojado Max en una fortaleza de Alemania, las municipalidades tuvieron que sufrir directa o indirectamente el yugo del invasor; pero éste, después de múltiples tentativas infructuosas, no logró nunca domeñar al alto representante de la iglesia: el primero tenía tras de sí a un pequeño pueblo maniatado, el segundo a todos los católicos del universo. A pesar del credo distinto, no había que olvidarse del *Goot mitt uns*, ni incurrir en las iras del Vaticano contemporizador.

Clausurados todos los círculos de opinión, desde las logias masónicas hasta los comités políticos, hasta las salas gremiales, reducido el socialismo a no tratar sino de asuntos puramente administrativos, no quedaban, después, subsistentes sino dos órganos de difusión de ideas: la escuela, en que muy luego el alemán intervino casi *manu militari*, y la Iglesia contra quien — lo repito — se estrellaron sus planes mejor combinados, gracias a la indomable energía de monseñor Mercier y a la disciplina de su clero.

El cardenal de Malinas es una figura eclesiástica de las más atrayentes, y desde el comienzo de su carrera le ha rodeado siempre una atmósfera de simpatía, no sólo entre los fieles, sino también entre los escépticos, que estiman en él los profundos conocimientos, el firme carácter y la gran bondad. En lo físico, alto, delgado, ascético, de ojos luminosos y expresión sonriente, despierta, apenas se le ve, una atención que se intensifica en cuanto se le oye.

Así, en su cátedra de la Universidad de Lovaina, donde dictaba el curso de filosofía — es un tomista notable, autor de varios tratados cuyo escolasticismo no excluye el interés — su elocuencia persuasiva y suave le captaba el corazón de sus discípulos, del mismo modo que, desde el púlpito de la catedral de Malinas o de la colegial de Santa Gúdula en Bruselas, le hacía dueño de la admiración de sus oyentes.

Pero su personalidad comenzó a destacarse, sobre todo, hasta adquirir gigantescas proporciones, desde que la guerra y la ocupación ominosa le dejaron en Bélgica como único representante visible y viviente del patriotismo en lucha franca, y abierta con el opresor.

Su famosa pastoral *Patriotisme et Endurance* leída en todos los templos de su diócesis el 1.º de enero de 1915, fué una voz de aliento para sus compatriotas y un desafío al enemigo ante la

historia — él diría ante la eternidad. Aquellas páginas estaban animadas por una admirable inspiración y por un valor a toda prueba. Revelaban al mundo las atrocidades del ejército alemán que entró en Bélgica arrasándolo todo y cubriendo el suelo de víctimas inocentes, para sojuzgarla mejor, y anunciaban a los belgas que «en lo íntimo de sus almas» no debían al invasor, no siendo éste una autoridad legítima «ni estimación, ni fidelidad, ni obediencia». «El único poder legítimo en Bélgica — continuaba — es el que pertenece a nuestro rey, a su gobierno, a los representantes de la nación». Y refiriéndose al ocupante, agregaba: «Respetemos los reglamentos que nos impone, pero sólo mientras no menoscaben la libertad de nuestras conciencias cristianas ni nuestra dignidad patriótica...» Y, después de enumerar los cruentos sacrificios y el injusto martirio de sus compatriotas, tenía este sencillo y sublime movimiento oratorio: «¿Hay ahora un solo patriota que no sienta que Bélgica se ha engrandecido?...»

La autoridad alemana quiso recoger la pastoral, que corría impresa, arrestó párrocos y vicarios, pero aquellas palabras de fuego eran inmortales. El gobernador general, barón von Bissing, hizo diligencias oficiales para que el cardenal se retractara, y como fracasó atreviéndose a retractarlo él mismo en una proclama, a la que monseñor Mercier contestó declarando: «Ni verbalmente ni por escrito he retirado ni retiro nada de mis instrucciones anteriores, y protesto de la violencia que se ejerce contra la libertad de mi ministerio pastoral. Se ha hecho inútilmente todo lo posible para lograr que firmase atenuaciones a mi carta (la pastoral). Ahora se trata de separar a mi clero de mí, impidiéndole que lea mi pastoral. Yo he cumplido con mi deber; mi clero debe saber cumplir con el suyo». Supo cumplirlo y aquella pieza histórica fué conocida y comentada en Bélgica entera, por mucho

que se castigase severamente a los que eran descubiertos en posesión de un ejemplar.

Monseñor Mercier escribió, también, una importante epístola patriótica, dirigida en latín a su clero, presidió todas las conmemoraciones religiosas de las fiestas patrias y de los reyes, los funerales en sufragio de las víctimas de las matanzas y de las guerras, prohibió las procesiones públicas «porque — decía — son indicio de festividad y no sentaría bien entregarse a manifestaciones expansivas mientras los corazones están oprimidos y el patriotismo encadenado»; lanzó varias otras pastorales destinadas, y con raro acierto, a mantener el espíritu nacional, el alma del pueblo, y en enero de 1916 partió a Roma a abogar ante el Papa por la noble causa de Bélgica. Volvió en marzo del mismo año, con la bendición apostólica para él y para su pueblo, cosa muy de notar para cuantos han supuesto que era preciso ser germanófilo para ser católico. A su regreso escribió otra pastoral condenatoria de los crímenes imperiales, que terminaba con nuevas voces de aliento y de perseverancia: «El porvenir no es dudoso para nosotros — decía. — Pero hay que prepararlo. Y lo prepararemos manteniendo la virtud de la paciencia y el espíritu del sacrificio».

El gobernador general barón von Bissing le escribió — y publicó la carta — sugiriendo que el Sumo Pontífice le había asegurado que el Cardenal se conduciría con toda moderación para con los alemanes, y amenazándolo con estas palabras conminatorias: «Prevengo a Vuestra Eminencia que en adelante deberá abstenerse de toda actividad política».

Tras esta amenaza, monseñor Mercier siguió impertérrito el camino que se había trazado, y así, cuando el ignominioso envío de los pretendidos *chômeurs*, de los pretendidos obreros belgas sin trabajo para que sirvieran al enemigo en los campos y las usinas de Alemania, levantó de nuevo y con airado tono — al par de otras entidades belgas — su voz severa y elocuente contra aquel crimen de lesa humanidad. Y, como un latigazo, enrostró a los hombres del káiser la palabra empeñada por el gobernador de Amberes, barón von Huene, y solemnemente ratificada por el gobernador general de Bélgica, barón von der Goltz, de que los ciudadanos belgas «no serían enviados nunca a Alemania, ni para ser enrolados en el ejército, ni para obligarlos a trabajar...» Otros papeles mojados que han ido a agregarse a la garantía de la neutralidad...

Tal es, en pocas palabras — y siento no disponer de mayor espacio — la silueta de este prelado moderno que evoca las grandes figuras de los primeros obispos en tiempo del imperio y de las invasiones bárbaras. Tenía tras de sí el Papado, las inmunidades de su rango de príncipe de la Iglesia. No importa. Es la encarnación más viviente y grande del patriotismo belga durante la ocupación alemana.

SU EMINENCIA
EL CARDENAL
MERCIER
ARZOBISPO DE MALINAS
POR
ROBERTO
PAYRO

Cuando necesito valorar los seres y las cosas, acudo a mi espejo negro. Otros hombres prefieren las gafas ahumadas. Yo reconozco que las gafas ahumadas son instrumentos de inapreciable excelencia, doble escudo de la vista tímida o de los ojos pícaros que así miran sin ser mirados. Las gafas ahumadas deberían tomar por esposos a los antifaces: se complementarían mutuamente; pero andan reñidos, no se sabe por qué.

El espejo negro es un dios ahumado y justo que achica las imágenes para encerrar en su superficie mayor número de personas y objetos. Mercurio, el dios de la compraventa, que se enluta con el fin de parecerse al dios artista: Apolo.

Mi espejo negro pertenece a un pintor. Se lo cambié por unos gemelos de teatro. Necesitábalos él urgentemente porque está enamorado de una belleza juvenil y millonaria, clarísimo brillante que se engarza por las noches en un palco del Colón.

Así, mientras yo taso los seres y las cosas reflejándolos en la faz negruzca de mi espejo, el pintor, desde su silla endemoniada del Paraíso, convierte los gemelos en una doble e inútil bomba aspirante. «¡Pobre Apeles — le dice un chistoso retorcido — como no apeles a otros medios!»

En cambio, yo gané. Poco me importan los desdenes calculados, hermosos, opulentos, juveniles de una niña coqueta. En el bolsillo interior de mi saco, medido en un estuche, llevo mi talismán: el espejo negro.

Hay hombres pesimistas, exclusivamente pesimistas; hay hombres optimistas, rabiosamente optimistas. Unos viven en el cubo de la Gran Rueda, otros en la llanta. Chirrian los pesimistas entre el eje y el buje mal engrasados; la llanta sobre el camino lamina a los optimistas. Tan peligroso es el centro como los extremos: deben preferirse los radios de la Gran Rueda que sirve de monociclo a la Vida y a la Fortuna.

Mi espejo es negro como el pesimismo, bondadoso como el optimismo, sabio como un perito. En manos del pintor pasional servía para elegir paisajes y sorprender matices. Era, pues, casi inútil porque en todas partes hay un buen paisaje, y los lienzos solamente deben tener los colores que el pintor, generoso o avaro, les conceda.

¿Qué espejo blanco brilla como mi espejo negro? La luna de Venecia más costosa es una lata de petróleo, si yo la comparo con mi espejo negro, con mi amable espejo negro. El alma valiente de Toussaint Louverture, el espíritu resignado del tío Tom, la celosa suspicacia de Otelo, la risa zumbona de cualquier pardo y todas las virtudes de color adornan a mi espejo negro, fiel, servicial y agradecido.

El pesado y nervioso azogue, imagen del alma humana, adquiere inteligencia detrás del cristal. Detrás del cristal nos dice la temperatura, las mudanzas del tiempo, hace el vacío y copia figuras. Pero siempre, irónico, desfigura la verdad: nuestra fiebre no es la misma en dos termómetros, ni el ciclón anda tan cercano ni tan lejano. Todos los espejos nos hacen dar una media vuelta sobre nosotros mismos, una media vuelta fingida. Solamente los zurdos y las huellas de un escrito sobre el papel secante ganan en el espejo. Los demás somos zurdos, y zurdas nuestras obras, desde el más diestro hasta la escritura del más sabio. Ese es el pesimismo burlón de los espejos, que nunca nos devuelven nuestra misma imagen, sino tantas como sean las lunas consultadas. Esa es la mentira de los espejos. También miente mi espejo negro; ante él, también escribiría con mano zurda sus mejores estrofas el mejor poeta. Mas ese mentir está atenuado, justificado por



el color negro. Ennegrecer a priori las cosas, dudar de todo, vale tanto como abrillantarlas, como creer en ellas. La admiración incondicional o la negación rotunda de los espejos claros es parecida a la locura y a la muerte de las alondras. Si la fuente de Narciso no hubiera sido tan límpida, la vanidad del doncel no sería tan célebre y nefasta.

Los que no conozcan el espejo negro dudarán de las virtudes disciplinarias que yo le atribuyo. Aparte de los pintores — que casi siempre lo ocultan como una vergüenza — pocos saben la vida y milagros de ese filósofo sordomudo. Para la generalidad, espejo negro es aquel donde las arrugas y las canas se aparecen de repente. Los buenos artefactos viven así, desconocidos. Gracias a ese ostracismo, yo puedo ahora celebrarlo por vez primera.

Paisajes y amigos, interiores y novias, cómo os esclarecéis ante el negruzco espejo, tasador de corazones y de voluntades! Cuando se os mira a hurtadillas, libres de pose; cuando unidos a lo que os rodea penetráis en la exigua superficie del talismán, éste, semejante a un vaso de agua embrujada, refleja el porvenir.

Cuando yo era muy joven, hacía ya mucho tiempo que un autor bastante discutido gritaba con voces rítmicas:

*Así, para eterna calma,
debiera el hombre tener
espejos en donde ver
el hondo perfil del alma.*

Pedir un espejo negro hubiese sido más práctico y juicioso. Allí se halla la verdad sin brillo, la verdad que amarga, pero que tonifica.

Ignoro detrás de qué mostradores se vende, ni el precio exigido. Acaso, por la poca demanda, hallarás libre de agio y monopolio. Por mucho que pidan, siempre ha de ser poco. Compra, lector, un espejo negro.

Y vosotras, lectoras, que poseéis en vuestras pupilas los únicos rivales del espejo

pejo negro, compradlo también. Un espejito obscuro que vaya siempre en vuestro bolso, al lado del cisne es el mejor confidente. Así lo afirmo, haciendo una formidable traición a mis semejantes los hombres.

No preguntéis la historia de los galanes ni de sus ascendientes: en todos los árboles genealógicos hay bichos de cesto y diaspis pentágona, y cualquier hombre es capaz de todo. Pero ninguno resiste al examen detenido de un espejo negro. Y no necesito recomendaros cautela, porque vosotros conocéis perfectamente el arte de mirar a hurtadillas. Comprad el espejito antes de que mi propaganda encarezca la mercadería, y cuidadlo como a las niñas de vuestros ojos.

La desgracia nos pone de manifiesto si tenemos un amigo o solamente su imagen, sentenció Publio Syro, moralista ocasional que vivía cuando el hombre se miraba en espejos metálicos, es decir, antes de inventados los espejos negros. Ahora es preciso modificar la sentencia y convertirla en una máquina, porque en las máquinas y no en las frases está la precisión y la certidumbre. Los refranes y proverbios encierran teorías que vienen a ser frutos viciosos de la práctica; divagaciones del utilitarismo. Y hay máximas para todos los mas encontrados gustos y pareceres. En la duda abstente y echa mano de la máquina de prever las intenciones y sorprender los ardides. Ese aparato, no hay para qué decirlo, es el espejo de máxima y mínima: el espejo negro.

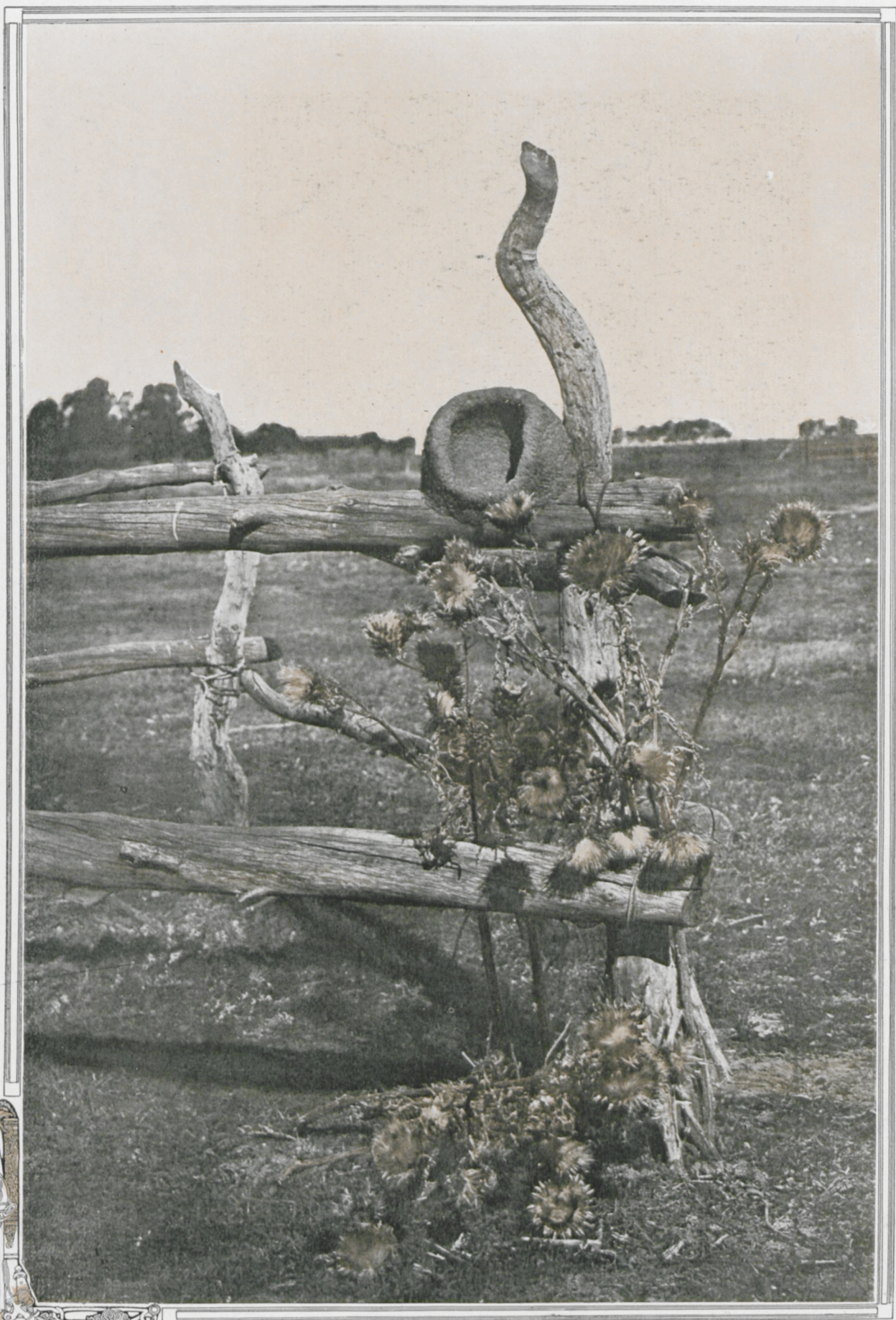
¡Ouro preto, perla negra, sol ahumado, crítico de luto, siempre te llevaré como una reliquia, con supersticiosa devoción, para espiar a los seres, espejo donde debían mirarse los espejos!

El espejo negro

P O R

E D U A R D O • D E L • S A Z





PLV
VLTRA

FOTOGRAFIA
DEL

DOCTOR FRANCISCO
AYERZA



EL ALMA DE MARTÍN FIERRO

JULIAN DE
CHARRAS

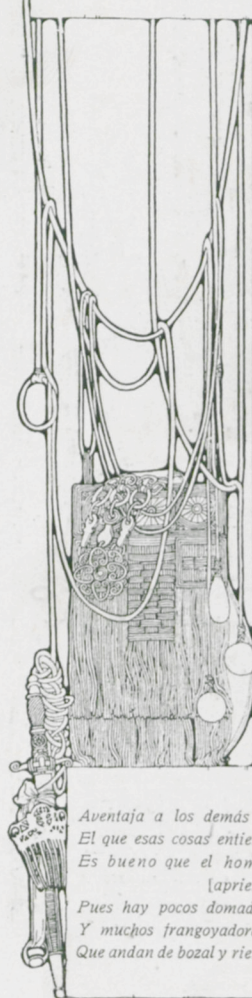


EVOLVIENDO un montón de folletos americanos, olvidados en la penumbra de un viejo armario, he dado fortuitamente, días pasados, con un ejemplar de una de las primeras ediciones del poema de Hernández. Ignoraba su existencia entre mis papeles. Y, para reparar dicha falta, quiero hacerle la justicia de estos modestos comentarios.

Una flor antigua, encontrada por azar en privada gaveta, suele tener la virtud de agitar en nuestra memoria las mil reminiscencias de toda una época sentimental. Lo propio me ha sucedido con el *Martín Fierro*. Leído por mí tantas veces, durante la infancia, con esa fruición con que se saborea la fruta del huerto solariego, podría recitar páginas enteras suyas, de tal modo grabáronse en mi cerebro la forma y el sentido de sus estrofas.



Y cargué sin dar más güeltas
Con las prendas que tenía:
Jergas, poncho, cuanto ha-
bía
En casa, tuito lo alcé;
A mi china la dejé
Medio desnuda aquel día.



Aventaja a los demás
El que esas cosas entienda.
Es bueno que el hombre
[aprienda,
Pues hay pocos domadores
Y muchos frangoyadores
Que andan de bozal y rienda.



aun dura, a través de los años, tal encanto. Por eso, al ver solamente su título, desplégase en mi imaginación la visión conjunta de su argumento. Luego, la evocación se amplía, y por afinidades correlativas fluyen a mi mente, como un río de imágenes, innumerables figuras y escenas legendarias de todo un pasado histórico, cuya apoteosis es nuestra misma grandeza nacional. El gaucho, sus faenas de la vida campesina, sus épicas *patriadas*, el tropel de las montoneras, la guerra de fortines, los indios y el desierto, esa misteriosa Pampa de ayer, tan admirablemente descrita en *La Cautiva*, de Echeverría, inmensa, inhospitalaria y estéril, con sus brillazones, médanos y pajonales, desfilan a mis ojos, en cuadros mágicos, simulando un espejismo de la lejanía.

Retrospectivamente, contempló cómo se suceden las etapas progresivas de nuestra organización política, desde las rudimentales juntas de los hombres de Mayo hasta la hora definitiva de la constitución republicana. Ausculto, en ese lento y dificultoso proceso, el latir incesante de los ideales; la fatigosa marcha de la masa colectiva y anónima, labrando sin tregua. Tiembla el continente al rodar los cañones de la epopeya. Huyen los clangores bélicos, llevando a otras latitudes el soberano aliento de nuestra redención gigante. Vienen los días trágicos, con sus tumultos envueltos en polvaredas de oro, donde resuellan potros y jinetes y brillan lampos de sables y se agitan lanzas acicaladas de flámulas rojas. Y avaloro, entonces, la sublime tarea que representa la historia de un pueblo libre. Comprendo el caudal de perseverancia, de esfuerzos, de sacrificios, que ha requerido el avance del país para llegar hasta este presente magnífico. Y encuentro majestuoso el escenario de aquellos tiempos heroicos; recios y altaneros los campeones; estupendas sus luchas; azul el fondo, como el esmalte de un escudo heráldico.

¡Tan intensa es la impresión que produce en mi ánimo ese perfume añejo de vida nativa que exhalan las páginas del *Martin Fierro*! ¡Tan profundamente ligado está el recuerdo del gaucho a los grandes acontecimientos que forman la trama histórica de nuestro progreso! Es que *Martin Fierro*, entre todos los clásicos héroes del gauchaje, es el que mejor refleja las características de aquel tipo étnico, de nuestra evolución social, que fuera factor tan poderoso en las luchas constitutivas de la nacionalidad argentina. El sentimiento popular, por una de esas claras intuiciones que tienen a veces las muchedumbres, personificó en el gaucho al espíritu de la tradición nacional.

¿Qué era el gaucho de las llanuras argentinas? El hombre nacido y criado en ellas, experto en los trabajos de campo y habituados a sus usos y costumbres. La etimología del epíteto con que lo bautizara, despectivamente, el habitante de las ciudades, permite establecer la idea que se tenía de su triste condición social. *Gaúcho*, por una alteración de letras que gramaticalmente se denomina *metátesis*, proviene de la palabra *guacho* o *huacho*. Este vocablo incaico aplicase vulgarmente, por definición, al ser que no ha conocido a sus padres o se ha criado desamparado por ellos. Y en verdad, algo pesaba sobre el hombre obscuro de la campaña, que bien pudiera llamarse orfandad. Aislado de los centros urbanos, en la soledad de su vida agreste, sin otro medio



de locomoción que su caballo, sin otra garantía de sus derechos que el facón atravesado en el cinto, era un ser librado a sí mismo, con los recursos que su propio ingenio hubiera de facilitarle. Desde pequeño sentía en torno suyo un vacío profundo: la falta de consideración de las demás clases sociales. La gente culta zaheríale con el denigrante mote: *¡es un gaucha!*

« La ley civil o política no pesaba sobre él, — dice el historiador Vicente Fidel López, — y aunque no había dejado de ser miembro de una sociedad civilizada, vivía sin sujeción a las leyes positivas del conjunto ». No menos cierto es, también, que tampoco ley alguna le amparaba en su propiedad, aunque ésta fuese a veces discutible, ni existía tribunal ante el que pudiera hacer valer sus razones. El juez de paz era señor de vidas y haciendas en el partido de su jurisdicción.

Y el gaucha pacífico, viéndose abandonado a la intemperie de las resoluciones tomadas en el juzgado como a la de los elementos de la Naturaleza, debía escoger entre dos extremos: la resignación absoluta y depresiva o la rebelión airada de su carácter independiente y sincero. Como en su temperamento algo había de esa impetuosidad nerviosa con que el potro salvaje recorre los llanos, optaba casi siempre por el último procedimiento. Acosado, defendía su vida, por ese instinto de conservación que prima hasta en los seres menos inteligentes. No mataba porque una predisposición sangüinaria lo impulsase al homicidio.

Pero una vez que la *desgracia* sucedía, rotos los vínculos de sociedad con sus semejantes por razón de su situación misma, cambiaba de pago, andaba a *monte* o se internaba *tierra adentro*, huyendo de la persecución policial.

No tenía más fiel compañero que el caballo que montaba. Escogido, con minucioso cuidado, por condiciones características que solamente su larga experiencia y su mirada descubrían a simple examen visual, sobresalía su *pingo* por lo ligero, resistente y brioso, aunque tal vez no por su estampa.

Cuando el amor, en la figura de una china de negras trenzas y expresivo mirar se le atravesaba en el camino, el corazón sentían herido por ardiente flechazo. Para tal mujer eran sus más sentimentales décimas y coplas. Amaba con honda sinceridad, y desbordándola en recatado idilio, suave como el aroma del trebol húmedo, entreveía la felicidad en su más elevada acepción, cuando ofrecía junto con su cariño la promesa de un humilde rancho.

Y por una cruel exigencia de su destino, la vida del hogar, con su cadena de horas plácidas, fué siempre efímera para él. Jamás hubo de encontrarse en nuestras campañas rancho alguno que fuera habitación tradicional de una familia.

El gaucha fué un paladín misterioso, como aquellos que aparecían en los *juicios de Dios* de la Edad Media, se proclamaban campeones de los seres desvalidos, luchaban, vencían y se alejaban después, sin aceptar recompensas ni descubrir su incógnito, envueltos en el cendal de la luz rosada del crepúsculo. Si hubiera tenido escudo de armas, pudiera haberle agregado como divisa, en el periodo de su decadencia, aquella frase latina que pronunciara Septimio Severo antes de morir: «*Omnia fui nihil prodest*».



Brotan quejas de mi pecho,
Brotan un lamento sentido;
Y es tanto lo que he sufrido
Y males de tal tamaño
Que reto a todos los años
A que traigan el olvido.

Salieron lazos, cabrestos,
Coyundas y manidores,
Una punta de arriadores;
Cinchones, maneas, torzales,
Una porción de bozales
Y un montón de tiradores



TORREOS DE CAMPERO
Óleo de Jorge Bermudez



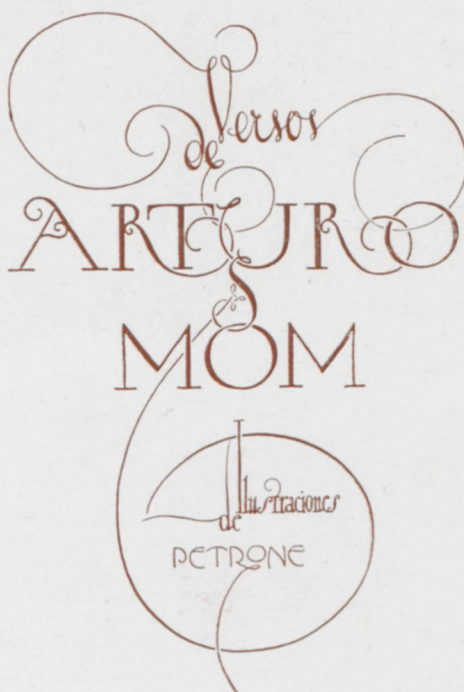
PROPIEDAD DE
DON VICENTE
LEVERATTO



Yo la veo pasar todos los días.
Camina siempre sola y agitada.
Rígidamente de oro viejo peina.
Sus manos dicen de las cosas castas.
Un fulgor inquietante de martirio
eternamente vive en su mirada.
Seguramente es buena, como todos
los hijos del dolor y la desgracia...
Seguramente es buena, quiero creerlo...
¡tan sólo la bondad puede salvarla!
Dios se ha olvidado de esa chica... ¡Pobre!
nada he visto más feo que su cara...
con ser buena, y ser joven, y ser pura,
y llevar esa luz en la mirada!
Dios se ha olvidado de esa chica... ¡Pobre!
nada he visto más feo que su cara...
nada he visto más lejos de la eutimia:
es una grave ofensa a las estatuas...
A sus pies mueren todos los deseos,
¡ella misma se debe tener lástima!
Dios se ha olvidado de esa chica... ¡Pobre!
Además de clorótica es tan flaca,
que al través de su carne transparente
cualquiera puede curiosearle el alma...

PERCUL

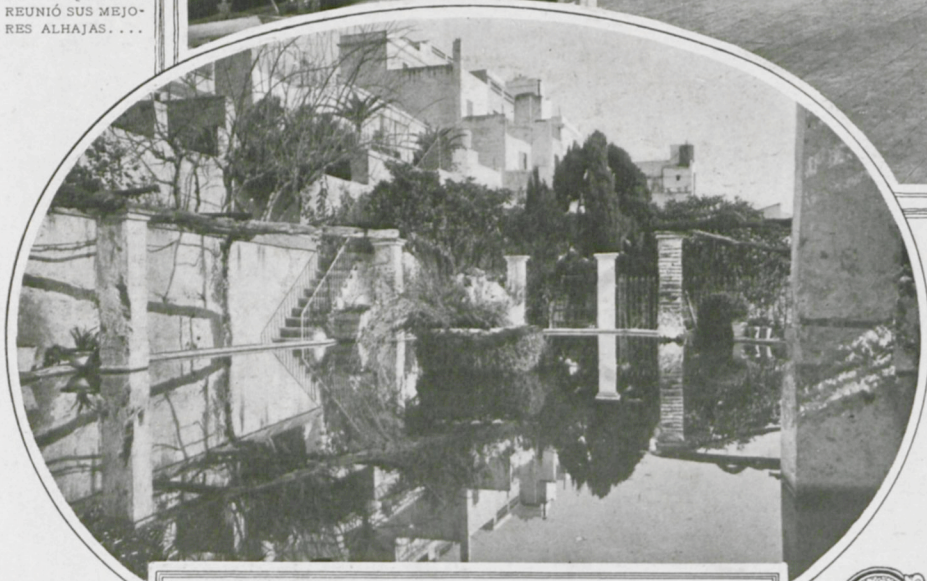
ESFINGE



Ella miraba desfilar las horas
en un frío quietismo, siempre muda.
El mundo nunca impresionó su fibra
y nadie pudo descifrarla nunca.
Amaba las propicias soledades,
ella amaba el silencio y la penumbra.
Y los días rodaban sin herir
su belleza impasible de escultura.
Como el molusco entre sus férreas valvas
la maravilla de una perla oculta,
ella escondía en su interior su alma
y nadie pudo descifrarla nunca.
Pero a veces, de noche, como en éxtasis,
alzaba lentamente a las alturas
sus dos brazos seráficos y tersos,
sus albos brazos tibios de dulzura,
y colmaba sus labios de plegarias
en la silente soledad nocturna,
mientras llenas del oro de los astros
fosforecían sus pupilas húmedas...
Y nadie pudo descifrar su enigma.
Jamás abrió su corazón. La tumba
la guardó constelada de sonrisas...
Las primeras sonrisas y las últimas.



UN RINCÓN DE ORFEBRERÍA Y TALLA, QUE DIRÍASE EL ESCAPARATE DONDE UN JOYERO EXQUISITO REUNIRÍA SUS MEJORES ALHAJAS...



SITGES, LA BLANCA POBLACIÓN QUE ES NIDO DEL PINTOR, BESADA POR EL MAR, AL MAR DEVUELVE SU CARICIA OFRENDÁNDOLE LA CARA...



MONUMENTO AL GRECO, LEVANTADO EN SITGES POR INICIATIVA DEL SEÑOR DEL «CAU FERRAT»...



La Casa de Santiago



N Rusiñol, ha dicho un crítico, todo tiene una belleza absoluta y clara: su vida, su arte y su literatura. Y podríase añadir sin error, su casa de Sitges, la señorial mansión, emporio de arte y de riqueza, honra y preza de aquel modesto pueblo de pescadores que a pocos kilómetros de la tumultuosa Barcelona duerme, placidamente como un niño cansado, a orillas del Mediterráneo que le arrulla con la eterna canción de sus aguas verdes.

Santiago Rusiñol, el poeta-pintor, es un hombre muy rico; pero encierra tanta bondad su pecho, es tan juvenil su alma, hay tanta luz en sus ojos celestes — en cada pupila tiene un «patio azul» que conduce al palacio de oro de su corazón — es tan camarada, que hasta se llega a perdonarle la riqueza. Su vida — y bien se ve sin que nadie lo diga — es sencilla y transparente. Ama y le aman. Pinta, obedeciendo un mandato imperativo de su espíritu, para satisfacción íntima y escribe cuando siente necesidad de hacer llegar al público una verdad, una expresión de bondad o una idea de justicia. El dinero que obtiene con sus telas, que se cotizan entre las más altas, y con sus obras teatrales, que aun cuando le rinden mucho no es tanto cuanto la pintura, lo emplea, todo, en enriquecer el nido, que así le llama al rico museo que le sirve de residencia.

— Sitges, el «Cau Ferrat», es mi refugio. En mi vida giróvaga, en esta perenne peregrinación artística en pos del ideal, mi casa de Sitges es el paréntesis que el espíritu reclama y el alma agradece. Al abrigo de aquellas paredes, he reunido algunas notas interesantes: dos Grecos y un Velázquez auténticos, como también un Goya y varios Zuloagas; además hallanse representados casi todos los maestros franceses y españoles contemporáneos, tengo brocados de Damasco y antiguos tapices y sederías; una colección de aldabas italianas, moras y españolas, y otros objetos de hierro, que según se dice, es la más valiosa y completa de cuantas se han formado hasta ahora — ya me ofrecieron por ella doscientos mil duros — retablos, reclinatorios y atriles, obras de artífices catalanes y andaluces, vieja cristalería granadina tallada, ánforas ibéricas y romanas, éstas últimas halladas en Tarragona; rejas repujadas primorosamente por artesanos moriscos... tallas y cincelados florentinos y un sinnúmero de cosas más que son curiosas manifestaciones del arte cristiano y del arte morisco... En fin, tengo algo que algún día debe verlo...

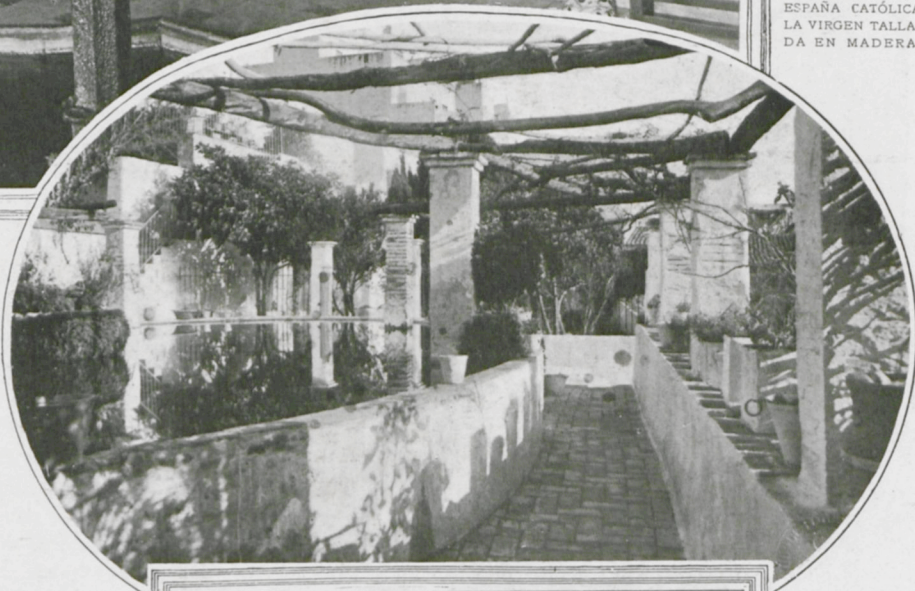
Y mientras Rusiñol hablaba, evocando a grandes rasgos los tesoros acumulados en su «Cau Ferrat», desfilaron, bulliciosas, ante nosotros las parejas de danzantes que participaban de la fiesta organizada por el Círculo Artístico de Barcelona, en honor, precisamente, de don Santiago, a quien los artistas jóvenes y las traviesas muchachas de los ateliers, acariciaban, como a un blanco abuelo bondadoso y tolerante. Y en efecto, impresión de tolerancia y bondad producía aquella noble testa encanecida, destacándose, soberbia, en el conjunto de morenas cabelleras de azabache y de rubias pelucas oxigenadas que, frente al viejo bohemio, señor del «Cau Ferrat», se inclinaban, reverentes y risueñas, rindiéndole pleito homenaje...

Sitges, el pueblo de Rusiñol, es visitado por numerosos forasteros, en su mayoría artistas o amateurs, atraídos por la fama de los tesoros artísticos del «Cau Ferrat», pero también



MIENTRAS EL SURTIDOR EVoca LA ESPAÑA MORISCA, NOS HABLE DE LA ESPAÑA CATÓLICA LA VIRGEN TALLADA EN MADERA.

Ferrat Rusiñol en Sitges



por el interés que en sí mismo ofrece el pueblo, formado por un compacto núcleo de alegres casitas de pescadores todas pintadas completamente de blanco, diríase una bandada de cisnes a la orilla del mar, y todas con su respectivo patio lleno de plantas y de flores, pintado de azul. Y fué uno de esos patios de Sitges el que Rusiñol trasladó a la tela realizando una de sus más populares obras pictóricas, y acaso la que mayor número de veces ha sido reproducida. Más tarde, ese mismo patio le inspiró un breve cuento, tierno, triste y desolado que, como aquellos de D'Amicis, ha hecho verter muchas lágrimas de emoción, y, por fin, teatralizó el asunto, completando con esta obra el éxito emotivo que obtuviera con el cuadro.

Cuando llegué a Sitges, aceptada la hospitalidad del maestro, quise conocer el patio azul; pensaba visitarlo, y, previo permiso del dueño, hasta cortar alguna flor; pero, ya frente a la entrada de la casa, apareció en mi mente la imagen de la pobre muchachita moribunda que expiraba en medio de sus flores mirando al mar, y, dominado por la emoción que a duras penas logré disimular, renuncié a mi propósito.

— No quiere que entremos, me dijo Rusiñol, sorprendido.

— No; otro día... Y seguimos andando por las limpias calles de Sitges, donde cada transeunte que encontrábamos saludaba con campechana familiaridad al ilustre pintor de los jardines de España.

— Toda esta gente de la costa me quiere mucho...

Anduvimos algunos centenares de metros, y de pronto Rusiñol se detiene.

— ¿Sabía usted que aquí, en Sitges, tenemos un monumento al Greco?... Pues sí; el maestro tiene su monumento debido a una humorada nuestra de juventud...

Hace veinticinco años, Rusiñol adquirió el primer Greco para su «Cau Ferrat» que apenas iniciaba, y solemnizando el acontecimiento organizó, con Zuloaga, Casas, Clarasó y otros artistas, una gran recepción en Sitges, de la cual participaría toda la población. Así fué, en efecto. Aquella gente simple, pescadores y marineros casi todos, acudieron curiosos a la estación para recibir al Greco, de quien tanto veníase hablando, y apenas llegó el tren y descendido Zuloaga, los pescadores de Sitges prorrumpieron en aclamaciones frenéticas, creyendo que ése era el huésped para quien habíase organizado la recepción... En la pequeña plaza del pueblo, esa misma tarde hubo discursos conmemorando al maestro, y alguien lanzó la idea de su monumento, iniciándose en seguida la subscripción, que no tardó en alcanzar lo necesario para realizar la obra, de la que se hizo cargo el escultor Clarasó... Y al poco tiempo, el monumento era inaugurado solemnemente nada menos que por el gran tribuno Nicolás Salmerón...

Ya llegamos al refugio. En el jardín hay mirtos, laureles y bojés. Y hay lo que se observa en todas las telas del maestro: silencio, interrumpido apenas por un leve rumor de hojas secas... Penetramos a la primera sala y sentimos la embriaguez provocada por la visión de tantas maravillas, sobre las cuales el cincel o la paleta han dejado el perfume de la inspiración y del genio... Y en medio de esa casa encantada, dueño y amante de todo, el último bohemio de España, el abuelo Rusiñol, explica amorosamente, como lo haría un novio, la historia de cada objeto, las bellezas de cada pieza.

TITO L. FOPPA.



ENTRADA DEL JARDÍN DE LA CASA DONDE «EL PATIO AZUL» INSPIRÓ EL MEJOR CUADRO Y LA MÁS BELLA Y SENTIDA PÁGINA DE RUSIÑOL.



DON SANTIAGO RUSIÑOL, EN SU PASEO HABITUAL, TOMANDO APUNTES PARA SUS CUADROS.



LA PIADOSA DISTANCIA

Hoy he hecho un descubrimiento que me ha elevado a la condición de hombre de mundo. Quiero decir que hoy he conocido a un hombre enigmático y que ese conocimiento ha llevado a mi espíritu una frialdad desdeñosa. He visto que todo es bien poco y que obramos como verdaderos ingenuos cuando nos desconcertamos ante la ajena importancia.

* * *

El lector recordará haber sufrido, en su vida de relación, decepciones *magníficas*. Y habrá pensado, en tal trance, que la distancia engrandece a los hombres, al contrario de lo que sucede en la óptica física. Un hombre protegido por la piadosa distancia es siempre un hombre de pro. La distancia es embustera como un vidrio convexo: engrandece, aumenta, amplifica. De ahí que, vistos de cerca, nos parezcan infinitos portentos prodigios de enciclopédica pobreza.

Digo que la distancia engrandece y que por eso nos parece tan puro todo lo que oculta su realidad cotidiana. Así hay tantos conspicuos, tantos eximios, tantos importantes señores. No hay más que mantener una habilidosa estrategia... Con esa estrategia don Fulano sigue siendo don Fulano, no siendo más que una creación de su sastre, como don Zutano sigue siendo el de siempre, no siendo más que la creación de un daltonismo mental.

Ello ha sido que, por obra de la casualidad, he salido a dar un paseo con un hombre de extraordinaria importancia. El automóvil, inaudible, coruscante, magnífico, nos ha llevado hasta la punta del muelle. Y ha sido también que, en la beatitud de la tarde, un acordeón destemplado ha prorrumpido en melodías quejumbrosas...

—¿Paramos aquí?— he dicho yo.

—Como usted guste— ha contestado el señor importante.

Y en tanto que el importante señor se ha dado a la contemplación de sus polainas grises, yo me he puesto a pensar en la sinceridad del arte vulgar. Aquella voz era encantadora como una pena bien expresada. Diríase que era la voz de un viejo aldeano que, en las notas graves, recitaba sus pequeños pesares y reía, jovial, en las notas más altas.

Y yo he dicho:

—Es sublime.

—Indudablemente— ha dicho el señor de la rara importancia.



Por MANUEL AZNAR

Después he pensado que comunicar la emoción es la suprema dificultad en el arte. La acción es descriptible. Lo arduo es traducir la emoción de un momento, la expresión de una sola mirada, el encanto de un solo tono.

—¿No cree usted?...

Una frase trivial ha venido a decirme que el buen señor no *quería* comprender esas cosas. Y eso que el buen señor ha sido siempre un hombre de pro. Al menos yo siempre le he tenido por usufructuario de una gran importancia. Para eso es un hombre olímpico que no dice nada. Bien puede el vulgo atribuir a su silencio enigmático todas las excelencias del mundo.

Después... Después, nada. El automóvil ha vuelto junto a la borda de una goleta; ha tomado por la extensión de una fresca avenida, y nos ha dejado después al umbral de una puerta... Allí he dicho — cómo no — que me ha gustado el paseo, que hemos gozado de una deleitosa audición, que...

* * *

En conclusión: Hoy he conocido a un voluminoso señor, y juro que no he descubierto el Pacífico. A todo lo mío ha respondido un triste, un oscuro, un obstinado silencio...

Por eso he dicho que hoy he hecho un descubrimiento que me ha elevado a la condición de hombre de mundo.



FRANCESCO PAOLO MICHETTI.

PROPIEDAD
DON VICENTE
EVERATTO



ESTUDIO
PARA TU
OBRA MAESTRA
EL VOTO

PLVS
VLTRA

EN
CHILE



A ~ CASA ~ COLONIAL D DON ~ CARLOS ~ OSSANDON



UNO DE LOS DELICIOSOS
RINCONES DE LA GALERÍA
EXTERIOR.



N la costa
oriental del
Pacífico, tan
bravía como
magnífica,
casi frente a
Santiago, le-
vántase un
pueblecito

privilegiado, donde la prima-
vera parece complacerse en un
sueño perpetuo. No hay en él,
según el clima ideal de los
cuentos de hadas, ni frío, ni
calor, y rosas, claveles y gera-
nios florecen hasta en in-
vierno. Llámase El Zapallar,
nombre criollo por excelencia.

Pequeño feudo de la prima-
vera sobre el misterioso Pací-
fico, todo él es perfume y
bonanza bajo el cielo azul.
Como el byroniano Lido del
Adriático, como el gálico Trou-
ville o el brumoso Ostende de
los legendarios crepúsculos,
este pueblecito americano, que
lleva a sus espaldas, como un
manto suntuoso, el armiño in-
marcesible de los Andes, es un
refugio del espíritu, una torre
fragante sobre el estrépito del
mundo. Rancias familias lo
habitan, rememorando actitu-
des antiguas, en un sutil aisla-
miento aristocrático lleno de
familiares cosas viejas. Tal es,
desde luego, una de las virtu-
des del carácter chileno, que
sabe conservar, a pesar de la
época, su tradicional gentileza,
libre de promiscuidades.

Son hasta treinta y cinco
viviendas señoriales las que
constituyen El Zapallar, y llé-
vase en ellas la vida selecta
del momento contemplativo,
dentro el imponderable trián-
gulo, de mar cielo y montaña.

Uno de estos señores que,



PUERTA ANTIGUA PRIMOROSA-
MENTE TALLADA DEL SALÓN
PRINCIPAL.





EL COMEDOR, CUYA REJA, VENTANILLO Y VIGUERÍA SON AUTÉNTICOS.

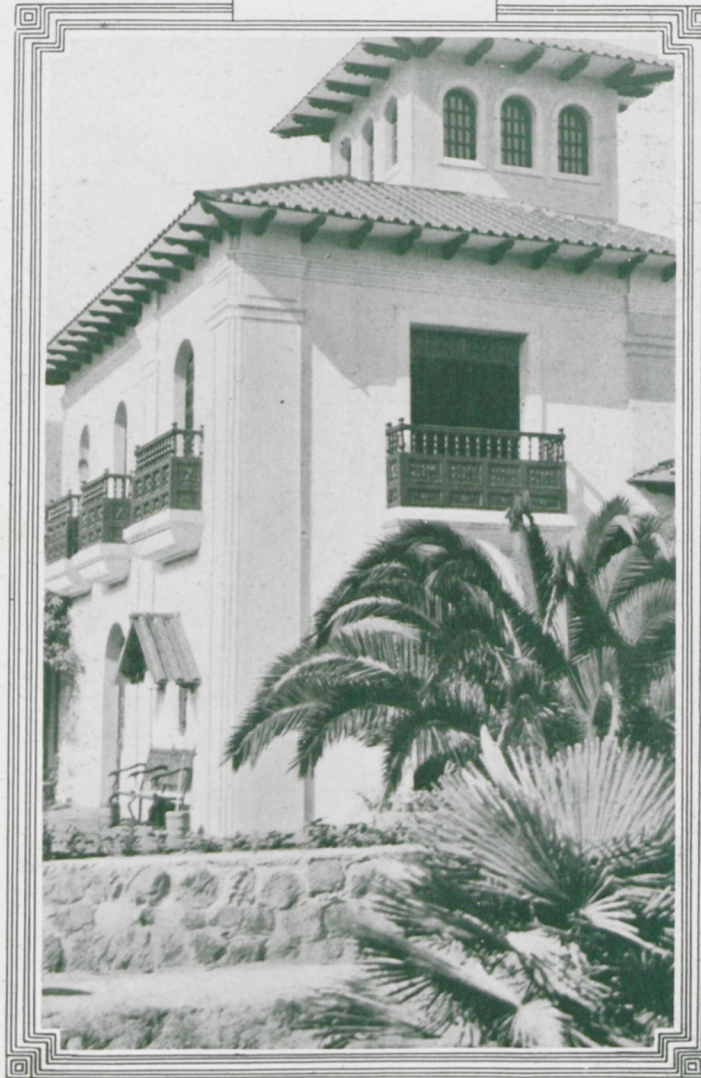


LAS REJAS Y COLUMNAS DE LA GALERÍA PROVIENEN DE UN ANTIGUO EDIFICIO COLONIAL.

BALCONES DE ÉPOCA Y DETALLE DEL MIRADOR.

ateniéndose a su raza y a su estirpe, fué capaz de sereno aislamiento, es don Carlos Ossandon, cuya hermosa casa es típica en El Zapallar. Desentendiéndose de arquitecturas exóticas, tantas veces anacrónicas en nuestras tierras de América, el señor Ossandon proyectó por sí mismo, dentro del más puro estilo colonial del Pacífico, esta construcción ejemplar, la que, a pesar de ser moderna, significa más bien una restauración de los tipos arquitectónicos de aquel entonces, ya que los elementos que la constituyen formaron parte otrora de diversas obras de la época. Vemos así asociarse en el sentimental propósito, los graves artesonados de labra conventual, los primorosos balaustrados musulmicos, la filigrana de los enrejados y los ricos leños de la suntuosa portada; mientras la sombra azul de las rosas juega mansamente sobre el blanco andaluz de los muros alegres, que contrasta con el amatista oriental de la montaña. Ningún otro punto más propicio que El Zapallar para el florecimiento de este manso estilo de los «alarifes» y constructores mozárabes de antaño, cuya primordial intención arquitectónica fué siempre la de procurar el sosiego, estimulándole por la sencillez de la línea y el recogimiento transparente de las sombras sensibles. Así debe apreciarse en esta vivienda del caballero chileno el sutil encanto de la edad vieja, cuyo espiritual quietismo desconcierta muchas veces nuestra perpetua fiebre occidentalizante.

Con una escrupulosidad de artista que le honra, el señor Ossandon ha dirigido personalmente la construcción de su casa, ajustándose, hasta en los detalles más mínimos, a la verdadera tradición colonial. Aunque la fábrica arquitectónica es del más definido tipo de los viejos fundos chilenos, entran, no obstante, en su ornamentación, elementos del norte, especialmente peruanos, que,



por otra parte, concuerdan de manera acabada, según es lógico, si tenemos en cuenta la íntima relación que guardaban entonces ambos estilos del Pacífico.

Además de la perfecta eutimia del edificio, valorízase la vivienda del señor Ossandon por la inusitada riqueza de sus maderámenes. Puertas, ventanas y balcones, todos ellos auténticos, son modelos de la talla y el ajuste antiguos, que constituían el lujo principal de las viejas moradas coloniales. Así, en el suntuoso y severo comedor, donde muebles y platería responden con excelencia a la exquisita labor de los artesonados. Es, sin duda, en éstos — que pertenecieron en su mayor parte a un derruido convento de Santiago — donde finca el gran valor ornamentativo de la casa del señor Ossandon.

Se les admira en todo lugar, así en la media luz de las estancias interiores como en el claro regocijo de las galerías, que reciben el perpetuo asalto de los geranios lujuriosos.

Podemos decir que don Carlos Ossandon ha satisfecho cumplidamente el sentimental propósito que le inspirara al intentar reconstruir, al margen de la época, la querida imagen del pasado colonial, cuya raigambre profunda sigue persistiendo en nuestra América latina, a pesar de todos los cosmopolitismos adventicios de la hora.

El estilo, según los antiguos, no es principio, sino resultado, y debe ser, en primer término, una consecuencia lógica del ambiente y no un sobresalto accidental, como sucede tan a menudo.

Por eso deben aplaudirse las iniciativas artísticas que, como la del señor Ossandon, orientarse por el seguro camino de la pura tradición nacionalista, insubstituible y sazonado fruto de la experiencia.

FERNÁN FÉLIX DE AMADOR.



P R I M A V E R A
G O U A C H E D E Z A V A T T A R O



Exposición Ana Weiss de Rossi

A notable artista, señora Ana Weiss de Rossi, puede anotar como un nuevo triunfo la exposición que recientemente ha presentado. Todos los cuadros, que representan un año de infatigable labor, merecieron los elogios unánimes del público, verdadero y casi único crítico en cuestiones de estética.

Desde sus primeras tentativas pictóricas, la señora Weiss de Rossi se reveló como una de las mejores representantes que el bello sexo tiene en las bellas artes. Estudiosa, tenaz, llena de vocación y de un selecto espíritu, pronto dominó las dificultades técnicas y se hizo notar ventajosamente.

Sobre un fondo de dibujo correcto trazado firmemente, su pincel extiende el color con suaves y brillantes matices, dando vida a las figuras. Su especialidad es el retrato, y en él pone todo su talento, un talento donde se mezcla la sensibilidad femenina a una factura impregnada de vigor varonil.

Artista de conciencia, creyendo devotamente que el pintor ha nacido para dar la sensación de lo real a fuerza de sinceridad, no acudió a otros procedimientos ni se embanderó en escuelas ilusorias. Dibuja lo que ve y lo entona con colores aproximados a la coloración verdadera, como los maestros.



«DE FIESTA».



¿Qué edad tiene Leopoldo Lugones? No consultemos las pequeñas enciclopedias que vienen de Barcelona. Ellas se han empeñado en anticipar el nacimiento del poeta y lo refieren con sólida certidumbre al año 1868. Y no es exacto, ni lo es tampoco el dato de un diccionario del mismo género y hecho con igual prolijidad, editado en París, según el cual Lugones nació en 1870. Leopoldo Lugones nació en la provincia de Córdoba, en Río Seco, en 1874. El hombre, como se ve, no puede quejarse de sus cuarenta y cinco años. Los ha vivido bien. Basta revisar la densa lista de sus obras publicadas para comprender que no ha perdido el tiempo desde los días ya lejanos en que empezó a verse su firma en los periódicos locales de Córdoba. Era entonces un recio muchacho que se anunciaba distinto de los demás por su escasa vocación por el doctorado, tan difundido en la región y que constituye, con el pariente cura, un rasgo nobiliario de las familias de pro. Otros caminos le llamaban. Ni el doctorado ni la iglesia solicitaban sus simpatías. Si aquello podía tolerarse con algún asombro, esto último ya daba que hablar a los tranquilos vecinos del barrio de San Francisco, donde pululaban los elegantes de la localidad, prontos siempre para salir con el cirio a la calle e infatigables tanto en la misa como en la confitería principal desde cuya acera se asiste a la retreta de la plaza. Y dió mucho que hablar, en efecto. Decía y hacía cosas raras. En las columnas de la prensa cordobesa comenzaron a aparecer versos que no estaban dentro de las reglas que desde hacía lustros incontables venían enseñándose en el grave claustro del colegio. Eran los versos de *Gil Paz*, su seudónimo de la iniciación.

En la rueda de amigos, Lugones exponía sus ideas literarias y filosóficas que dentro de poco debían traducirse en el principio de la obra fuerte y de la acción pública constante, que ha hecho de él en nuestro país a un continuo removedor de pensamiento, a un elemento destinado a inquietar el espíritu dirigiéndolo o exacerbándolo. Su nombre, aun no había llegado al tumulto de Buenos Aires. Sólo una vez, en la redacción de la extinguida *Tribuna*, Mariano de Vedia lo citó en una conversación al contar sus impresiones de un viaje a Santiago del Estero. Asistió allí a la inauguración de una estatua de don Lorenzo Lugones, coronel de la Independencia. Después de los oradores importantes, que habían volcado sobre el auditorio la elocuencia consabida de los homenajes, se irguió un joven de aspecto muy provinciano, que exaltó al héroe con palabra inusitada en tales actos. Era Leopoldo Lugones. Mariano de Vedia, sin tener aún una noción precisa de aquella mentalidad que se abría, hablaba con entusiasmo de ese discurso oído al azar en una consagración cívica de Santiago. Años después vino Lugones a la metrópoli y cayó a *Tribuna* con una carta de Carlos Romagosa. Así empezó su conquista de Buenos Aires. Pero venía precedido ya de una fama inquietante. En Córdoba se contó invariablemente con su concurso para todas las parrandas subversivas, desde la prédica anticlerical hasta la propaganda de las ideas avanzadas, esas ideas avanzadas que suelen aterrorizar con tanta vehemencia a los que viven en el interior y se hallan todavía en el dulce período del azoramiento. ¿Habrán dejado de persignarse los excelentes contertulios de la universidad de hace veinte años al leer los artículos de Lugones en las columnas inflamadas de *Tribuna Libre*? Allí escribía la juventud tumultuosa de Córdoba, el núcleo hondamente descreído que florece con violencia en los centros ortodoxos. Lugones era el jefe y el maestro. Buenos Aires no lo diluyó en sus poderosas corrientes. Al contrario. El espectáculo de la gran ciudad, en vez de desconcertarlo, acentuó su emprendedora energía y no tardó en ser una persona visible. En aquellos años funcionaba el Ateneo y en el Ateneo se libraba la vasta batalla entre los servidores de la tradición clásica, que gemían en vocativo, y los imprevisos defensores del nuevo movimiento artístico que tenían en Rubén Darío su expresión y su pauta. Lugones, señalado ya en Córdoba como revolucionario en literatura y en lo que no era literatura, se incorporó al grupo rebelde, acogido inmediatamente como la más alta esperanza de la escuela renovadora. Darío le llamó «el formidable Lugones», y en las redacciones se le citaba con admiración y con inquietud. Los clasicistas sostenían que el modernismo de la flamante poesía y la técnica flamante de esos destructores provenía del falseamiento



LEOPOLDO
LUGONES
POR
ALBERTO
GERCHVNOFF



del idioma. En las discusiones familiares del Ateneo, los adeptos del viejo rito solían exasperarse hasta perder la línea solemne de su postura al comparar la producción de los poetas ilustres con los ejemplos de los modernistas. Lugones se dedicaba a hacer el análisis de los versos que recitaban sus contrincantes. Lo hacía con agresivo buen humor, con prolija crueldad. Al principio apenas advertían al adversario venido de tierra adentro, prontose vieron obligados a considerarlo; porque ese revoltoso poseía el don de atraer con la palabra, los encadenaba con su dialéctica potente y, además, sabía hasta la saciedad. Los clásicos fueron vencidos, los clásicos se retiraban del recinto cuando este hombre, de ademán vehemente y nervioso y de voz resonante, iniciaba una discusión. La aparición de su primer libro, *Las Montañas de Oro*, lo sacó del comentario reducido del círculo, de los debates apasionados del cenáculo para entregarlo a la polémica pública. En 1900, cuando yo frecuentaba el aula del Colegio Nacional, sus versos ya se discutían en la clase de retórica. Había dos partidos. Los abogados de la escuela clásica se agrupaban en torno del profesor y los revolucionarios levantábamos la nueva bandera y escribíamos orgullosamente en el pizarrón ejemplos sacados de *Prosas Profanas*, de *Las Montañas de Oro*, de *Castalia Bárbara*. Un día nos encargaron una composición sobre el alejandrino. Empecé a leer la mía: «Los mejores alejandrinos del idioma castellano se han escrito en Buenos Aires». Dicen así:

Es una gran columna de silencio y de ideas
en marcha. El canto grave que entonan las
mareas...

—¿De quién son estos versos?— interrogó el profesor con acento angustiado.

—De Lugones.

—¡Vete al patio, anarquista!

En la clase siguiente, no bien se sentó el profesor en la cátedra, le manifesté que los maestros no tenían derecho de imponer a los estudiantes sus ideas artísticas y sus creencias literarias. Estaban obligados a enseñarnos a aprender, pero no a aceptar ciegamente lo que nos suministraban. No nos gustaba Núñez de Arce y nos parecía un pobre señor el venerable Olmedo. Y con tranquilidad de homicida leí mi composición sobre el alejandrino. Cuando terminé la lectura los alumnos aplaudieron. El profesor no volvió más aquel año. Lugones se introdujo así en los espíritus juveniles. Nos dominaba su audacia, la belleza que presentíamos en su poesía que aun estábamos lejos de abarcar en la amplitud total de su valor y en la compleja diversidad de sus matices. Pero advertíamos en su fondo algo distinto, algo nuevo, que nos apartaba de la matracaca pseudo-clásica, de las cándidas orgías de Flores, de la cavernosa chocolatería de Mármol, de la ruta trillada y gris de los versificadores americanos que no podían dar un paso sin invocar desesperadamente a la anémica musa de ojos lánguidos cuya imagen aparecía en los tomos opulentos de las antologías.

Lugones sigue siendo el poeta de la juventud. Lugones no ha cambiado. La leve huella del tiempo ha puesto un tono grisáceo en sus sienes. Su energía es la de antes. Oigo decir a menudo que Lugones cambia mucho de ideas. Esa acusación no es infundada. Cuando se tiene ideas es menester ir las cambiando, porque las ideas vienen de los hechos y de las circunstancias, que son las que cambian. Es natural que el liberalismo del escribano y el socialismo de boticario no varíen ni en forma ni en substancia porque ambos pertenecen en sus convicciones a la raza de los que siguen a los demás. Lugones es de los que crean las ideas y es lo lógico que interprete los sucesos del mundo con la visión del futuro, con el concepto transcendental del pensador en quien la variabilidad es un signo de vigor fecundo. Como artista, Lugones ha ido simplificándose hasta llegar a su fuerza expresiva actual. Como pensador, su obra revela una línea constantemente mantenida, una línea interna que indica en la totalidad de la obra realizada idéntica orientación hacia la belleza y hacia el bien. En realidad, es esta su filosofía permanente y es este el sentido primordial de su poesía y de su prosa. Nadie, entre nuestros escritores, se ha consagrado con más intensa pasión a servir al ideal argentino, en la acepción superior del vocablo. Lugones repite el espectáculo grandioso de Sarmiento: es un trabajador de la justicia y de la libertad, y lo hace con sencillez admirable, con la humildad alegre del buen obrero que cumple una tarea normal.



Filosofía de los gatos

por GARCIA LANDA

Ilustraciones de HVERGO

déis la cruel contradicción? El gato no se arriesgará nunca en el mar ni en el río; desde la orilla, como Moisés, que vió y no pisó la tierra prometida, verá los pececillos, los bancos de ostras, los moluscos pegados a la roca...

Esa afición a los pescados, crustáceos, etc., es en mi gato natural; desde el primer momento se lanzó a devorarlos; estaba en su instinto. Y ese deseo no tiene medios propios para satisfacerse.

No hay tanta diferencia, pues, entre los gatos que gustan del pescado y los hombres que pedimos virtudes impolutas, muy inasequibles.

de enfrente y ha comprendido que sólo el culto y la posesión del fuego lo separaba de esos desgraciados errantes. Por esto tiene culto por la llama; significa para él la propiedad, la casa, la vida fácil... Por otra parte, como él no sabe encender fuego, lo admira.

Las fieras salvajes odian al fuego porque es



su enemigo, pero las reducidas a domesticidad lo aman; tal el gato y su abuelo el tigre.

Sin embargo, mi gato, cuando la luna de agosto bruñe los tejados, la mira nostálgicamente, como si estuviera avergonzado de amar al fuego encerrado en una estufa.

CONCEPTO DE JERARQUÍAS

Mi gato, como los demás animales, incluso el hombre, al colocar sus afectos ha tenido en cuenta ante todo el interés. Lo mismo que vosotros, cuando vais a depositar dinero en un banco, dudáis en la elección de cuál, pues hay que conciliar el interés con la seguridad, mi gato ha discutido a solas, que es la discusión más honda, entre mi persona, la de la cocinera y la del carnicero que de mañana viene a casa. Es, pues, un gato prudente, no un gato pasional y romántico, de esos que alborotan por los tejados, locos, hambrientos, enamorados bohemios de la libertad. El carnicero le da amplia pitanza, la cocinera lo regala con



golosinas, le permite echarse en los ladrillos tibios del fogón; yo lo acaricio, le doy la comida que a él le gusta, y, para hacerle sentir mi autoridad y jerarquía, de cuando en cuando le aplico un puntapié. El gato sabe, además, que sólo ante mi persona se abren las habitaciones que tienen cortinas de encaje, almohadones recamados, que para sus uñas son placer. El gato, después de mucho meditar, ha decidido engañarnos a la cocinera, al carnicero y a mí. Se aprovecha de todos, pero entre todos me prefiere porque soy quién le pega. ¡Admirable filosofía, manual de vida internacional para los pueblos, alma femenina! Sin embargo, esta política envuelve el dolor de no ser fuerte...

LOS PRIMEROS DIOSES

Igual que los hombres de los primeros días del mundo, mi gato adora al fuego. No porque le dé calor, sino porque es fuego. Adora, sobre todo, a la llama. Las estufas eléctricas, no obstante su resplandor, le inspiran menos simpatía que las fogatas de leña. El sol no le interesa más que cuando hace frío y la chimenea está apagada. Se tiende frente a las llamas y las mira devotamente; su inquietud, su color, su movimiento, lo atraen como a los niños un espectáculo de magia. Después cierra los ojos para meditar, como los buenos fieles en la oración... ¿En qué piensa? No digáis: ¡en nada!

El gato comprende que el misterio de la vida civilizada está en el amor al fuego; ha visto a gatos escualidos en el alero del tejado de la casa

AUGUSTA SOLEDAD

Si el gato creyera que los hombres son animales, sería imposible reducirlo a domesticidad. Nos cree seres superiores, y por esto en su servidumbre no encuentra humillación. Igual nos ocurre a nosotros con los emperadores, los multimillonarios, la gente célebre.

Porque el gato odia a todos los demás animales: riñe con los perros, salta furioso sobre las moscas; si tiene gatitos los abandona, pues sólo sabe contar hasta dos, lo que disminuye su capacidad de afecto para la prole, se olvida de sus dueños que lo miman: quiere vivir, como la Inglaterra de la reina Victoria, en un espléndido aislamiento... en una despensa bien provista. Como veis, este amor a la soledad en el gato no es independencia, sino egoísmo. Me toca mayor parte en todo, se dice el gato cuando está solo en una casa. No es que sea misántropo ni austero: es simplemente egoísta.

Ahora bien: el egoísmo, que es la perfección en los animales, suele ser, además, la demostración de su fuerza. El individualismo es la madera de los héroes. Suele ser, además, el camino de la felicidad. Y así mi gato, como las grandes figuras de la historia, desdén a todas las semejantes o gemelas; quizá unas y otras aspiran solamente a que les toque a más...

Pero con todo es un poquito triste vivir solo.



O tengo un gato que, desde luego, vale menos que el perro Riquet, amigo de Anatole France. Sin embargo, como todo lo que vive, es preciosa fuente de enseñanzas. Paso horas enteras contemplándole, mientras él, de tarde en tarde, se digna mirarme casi con desprecio. Si se deja acariciar, es porque le agrada, no por darme placer. Si se acerca mimoso, es porque pretende algo. Es tan egoísta, que parece un hombre superior y perfecto. Durante mucho tiempo lo he creído feliz; tiene comida abundante, mullida cama; por estar enmasculado carece de ciertas inquietudes... Sin embargo, no es dichoso. He aquí las razones.

LOS ANHELOS SUPERIORES

Decía un poeta:

*Aquí, para vivir en santa calma,
o sobra la materia o sobra el alma.*

Efectivamente: es el anhelo de cosas superiores e inalcanzables, de perfecciones ilimitadas, lo que empujea el placer de los sentidos, y es el tirón de la carne lo que nos arranca de los ensueños cerúleos. Los señores psicólogos suelen ver en esto una demostración de la inmortalidad del alma. Dicen: esa ansia de inmortalidad tiene que ser satisfecha en una vida eterna; de otro modo Dios, que la ha puesto en nosotros, sería cruel, lo que no es posible...

Pues bien, mi gato padece anhelos superiores, confusamente, pero sufre el noble mal de amar a lo imposible. Le gustan las ostras y los langostinos, furiosamente; el pescado, en general, es uno de sus manjares predilectos. Pues bien: el gato de por sí, ¿cómo satisfaría ese apetito tan vehemente? Le gusta el pescado y odia el agua. ¿Comprende?

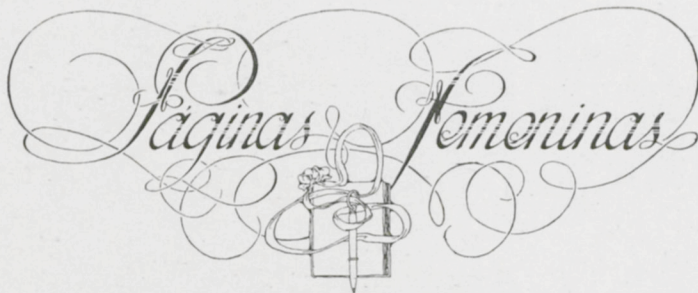




El privado
Ojos de BERNALDO DE QUIROS
PLUS ULTRA



SEÑORA ADELA ZEMBR-
RAIN DE DEL CARRIL.



SEÑORA MARTA LELOIR
DE UDAONDO.



Un año más toca a su término; un año más, en cuyo transcurso, se han multiplicado las actividades de nuestra intensa vida mundana, prolongándose la *season* porteña hasta el último límite... hasta que la brillante, infatigable farándula haga un breve paréntesis en su incesante girar, para volver a reanudar, días más tarde, la deslumbradora existencia de las playas aristocráticas, de las *villeggiaturas* a la moda...

Y en este año que termina ha culminado, como no lo fuera jamás, la realización de festivales con fines de beneficencia: el sostenimiento de obras de importancia transcendental en nuestro ambiente, y consagradas ya por nuestra sociedad; la apremiante obligación de reparar las tristes consecuencias de la catástrofe que devastó extensas zonas del país; el anhelo de remediar en lo posible tantos dolores, tantas miserias, iniciando nuevas obras caritativas, han constituido —¡eterna anomalía!— un brillantísimo programa de fiestas de toda índole, al que ha respondido en todo momento, y con generosidad suma, nuestra sociedad entera.

Ha habido verdadero derroche de inventiva, de actividades, de perseverancia... Ha habido, también, esa noble emulación que nos incita a realizar nuevos esfuerzos, tendientes todos al beneficio colectivo. ¿Que se ha logrado descubrir algún destello de vanidad personal o suficiencia, dentro de la magna obra llevada a cabo?

Tal vez... pero bien puede perdonarse esa pequeña debilidad tan humana, porque ha llegado a perderse en el conjunto de tantas calidades, como se desvanece el hilillo descolorido en la trama brillante policroma, de maravilloso tapiz.

A la institución femenina oficial del país, a la tradicional Sociedad Damas de Beneficencia, fué a quien correspondía de derecho el organizar el festival magno en favor de las víctimas de las inundaciones de la provincia de Buenos Aires. Presidida por la junta de damas más representativa del país se realizó, en la suntuosa sala del Colón, el festival que superó a todos los de su género, por su importancia artística y la brillante asistencia que respondió al llamamiento de la institución que evoca las más nobles y abnegadas tradiciones de nuestra historia; en el vasto palco oficial del frente de la sala, rodeaban a la actual presidenta de la Sociedad de Beneficencia, doña Inés Dorrego de Unzué, las figuras femeninas más prestigiosas de nuestra aristocracia, los nombres más destacados en la actuación social y política de la Argentina.

Perdurará por mucho tiempo aún, en nuestros anales mundanos, el recuerdo de esa noche del 28 de julio; se cantaba *Manon*, interpretando la música del mago Massenet

las más grandes eminencias del arte. En la penumbra de la sala, mientras se escuchaba devotamente el *sueño* de Des Grieux, fulguraba el mirar de los más lindos ojos del mundo, y fulguraban a la vez los diamantes que ceñían los cabellos y gargantas de tantas hermosísimas figuras...

También celebraron interesantes festivales durante la temporada lírica del Colón y del Coliseo sociedades tan prestigiosas como la Caja Dotal de Obreras, La Congregación del Divino Rostro, Las Cantinas Maternales, la Cruz Roja Argentina; culminando esta serie con el éxito brillantísimo del festival organizado, en su faz artística, por el Círculo de la Prensa, que invitó, para celebrar en conjunto tan importante acontecimiento, a la Sociedad Damas de Caridad, cuya junta directiva realiza tan fecunda obra de previsión y beneficencia.

Luego se consignan en este *balance*, de festivales con fines altruistas, notas de índole bien diversa, y, sin embargo, igualmente interesantes...

Las Hijas de María de la Santa Unión hacen conocer al público porteño las últimas cuartillas escritas por el malogrado poeta Amado Nervo; su espíritu ampliamente generoso había prometido hablar a favor de los niños amparados por la santa Escuela del Buen Consejo, y la promesa fué cumplida a pesar de la sentencia inexorable...

Fueron recogidas por manos piadosas las cuartillas abandonadas en medio del trabajo, y para escuchar

su lectura se congregó en la sala del Odeón una asistencia selectísima, que, intensamente conmovida por el reciente y doloroso desenlace, quiso hacer acto de presencia en esa tarde que debió ser de gala, pero que fué, en cambio, tarde de muy hondos emociones.

Pocos días después, todo Buenos Aires, es decir, todo el mundo brillante y animado, ávido de nuevas impresiones aplaudía con inusitado entusiasmo el espectáculo de sabor genuinamente nacional, organizado por las distinguidas damas constituidas en comisión en pro de la Asistencia Pública; genuinamente criollo fué el interesantísimo pro-

grama, y rompiendo el hielo de los prejuicios, que paraliza tantas veces las más simpáticas iniciativas, hubo un grupo animoso de señoritas pertenecientes a nuestros más altos círculos, que evocó en el escenario del Grand Splendit todo el encanto y la poesía de las figuras cantadas por Echeverría, Del Campo y Ascasubi.

Bizarros y románticos, no faltaron gauchos y paisanos que las acompañaron para tan interesante acontecimiento; todos ellos, hábiles guitarreros, hicieron vibrar allá, muy hondo, una fibra casi olvidada ya, por decreto de la moda... el acendrado cariño por las cosas de la tierra, ese íntimo sentimiento que hacía estallar el aplauso, mientras más de un espectador sonreía, húmedos los ojos de grata emoción...

Muchos han seguido luego el ejemplo dado: incesante bordoneo de guitarras, con sus tristes cadenciosos, animadas huellas, vidalitas, gatos o malambos vibran en nuestros oídos, evocando las escenas de la vida serena de las viejas estancias criollas; otras veces, son cantares andaluces los que vibran alegres en el ambiente; acompañan a la guitarra las bulliciosas castañuelas; es el patio andaluz, con toda su alegría, sus tiestos de claveles, sus mantones multicolores... El milagro se ha realizado merced al llamamiento de la caridad, y las figuras femeninas pertenecientes a los círculos más aristocráticos prestigian, con el suave encanto de su juventud, los festivales que se suceden sin interrupción. Es la Liga Patriótica con sus numerosas y activísimas brigadas; son las comisiones de señoritas de la Archicofradía de Nuestra Señora del Huerto y del Asilo de Nuestra Señora de Luján, de los Niños Pobres de Nueva Pompeya; es también la Sociedad de Socorros de San Isidro...

Cuadros vivos, en los que se admiraron las figuras femeninas más armoniosamente bellas; las danzas de antaño, minués y gavotas; luego, recitación a cargo de aficionadas del mérito de doña Victoria Ocampo de Estrada y de la señorita María Esther Etcheverry, cuyas

excepcionales dotes las han consagrado como artistas de primera fila; cantantes tan eminentes como la señorita Magdalena de Ezcurra, que ha favorecido este año, con su arte exquisito, la obra de las Hermanas de la Asunción, como también la reconstrucción de las iglesias devastadas en Francia...

Pero se destaca, entre tan diversos espectáculos, la realización de la feérica leyenda de los *Cisnes Encantados*... y fueron los niños afortunados los que gozan de todos los privilegios de la vida quienes trabajaron para los desheredados de la suerte, para los enfermitos que hacen provisión de vida y alegría, en las Colonias de Niños Débiles fundadas por la sociedad Escuelas y Patronatos. Era un espectáculo inolvidable el contemplar aquellos diminutos actores, transformados en príncipes, cortesanos, elfos, aldeanos, cazadores... admirablemente disciplinados, obedecían al llamado desde la vasta sala; como verdaderos elfos, se levantaban por encanto de sus asientos, para precipitarse al escenario, que llenaban con el delicioso encanto de sus figuritas, con toda la gracia de sus ademanes.

Luego, hay que mencionar las fiestas a bordo de los grandes barcos, organizadas por asociaciones argentinas y extranjeras; las exposiciones, torneos de *tennis*, los bailes y tes en el Plaza Hotel...

Y se inician, por último, los grandes festivales al aire libre; la brillante caravana mundana se traslada al Talar de Pacheco, la soberbia posesión cuyo *Teatro Nature* podría llamarse Teatro de Ensueño... Loreley, la aristocrática residencia de la familia de Napp, en Belgrano, reabrirá también sus puertas en favor de los menesterosos de los alrededores, y en el recinto de su *hall* señorial se desarrollará una de las fiestas más interesantes del año; los artistas elegidos sabrán vivir las escenas evocadas... y el programa será exquisita y elevada nota de arte...

Debería cerrar este ciclo extraordinario de fiestas con fines caritativos el Corso de Flores tradicional; pero ¡quién sabe!... Se anuncia la Navidad de la Paz, y este advenimiento ha de despertar intenso anhelo de participar de él...

«La vida no merece ser vivida sino logra realizarse *obra útil*, —oíamos decir días pasados a una interesante figura femenina— obra útil, fuera del límite encantado del hogar; obra útil en favor de los desheredados de la suerte...»

Y a este sentir debemos, ¡eterna anomalía!, el brillantísimo programa de fiestas que ha influido para que la incesante farándula no se detenga, aun prolongándose la *season* porteña hasta el último límite.

LA DAMA DUENDE.



EN LA PELOUSE

El Gran Premio



El Hipódromo Argentino en días de reuniones clásicas constituye una de las sorpresas que aquí recibe el extranjero. Cuanto más inteligente es en cuestiones turfistas y más conocedor de otros hipódromos, su asombro es mayor. Efectivamente, no espera encontrarse con reuniones donde tan altas brillan la belleza y la elegancia de la mujer porteña. Y si de *turf* se trata, resulta indudable que los miles jugados en pro de los caballos favoritos dan una idea de la enorme potencialidad de Buenos Aires.

La reunión celebrada el domingo 9 de noviembre ha sido extraordinaria dentro de lo extraordinario a que el hipódromo nos tiene acostumbrados. Más de treinta mil personas acudieron a la cita, buscando las emociones del Gran Premio Carlos Pellegrini,



SEÑORA ZAIRA P. DE PADILLA
Y SEÑORITA JULIETA POSSE.

Carlos Pellegrini

el último clásico de la temporada. Entre esa enorme concurrencia se destacaban las representantes más prestigiosas del bello sexo, formando un conjunto de distinción y gracia. La riqueza elegante de las *toilettes* primaverales donde brillaban los suaves colores de moda, daban a las tribunas un aspecto deslumbrador.

Y durante la carrera del día, en los breves momentos que *Tiny*, el potrillo victorioso disputaba a sus rivales el triunfo, aquella *élite* femenina sobresalía aún del bullicio de la emoción varonil, poniendo matices de luz tranquila entre el movimiento de expectación y entusiasmo.

Una vez más la mujer argentina ha demostrado su sabiduría en las suntuosas artes del bien vestir, su aristocrático buen tono y su belleza. Y este derroche vale más, mucho más, que el pródigo derroche que hay en los 86.000 boletos jugados solamente en el Premio Carlos Pellegrini.



SEÑORA DE SÁENZ VALIENTE Y SEÑORITAS SÁENZ VALIENTE, PARRA, LAGOS, VARELA PITAGUGA Y CAPITÁN DE NAVÍO TIBURCIO ALDAO.



SEÑORA Y SEÑORITA DE GUERRICO Y UN GRUPO DE DISTINGUIDAS DAMAS COMENTANDO LA VICTORIOSA CARRERA DEL YA CÉLEBRE «TINY».



VISTA DE LA «PELOUSE» MOMENTOS ANTES DE CORRERSE EL PREMIO CAR-

LOS PELLEGRINI, EL ÚLTIMO DE LOS GRANDES CLÁSICOS DEL AÑO.





2^e DE NOVEMBRE



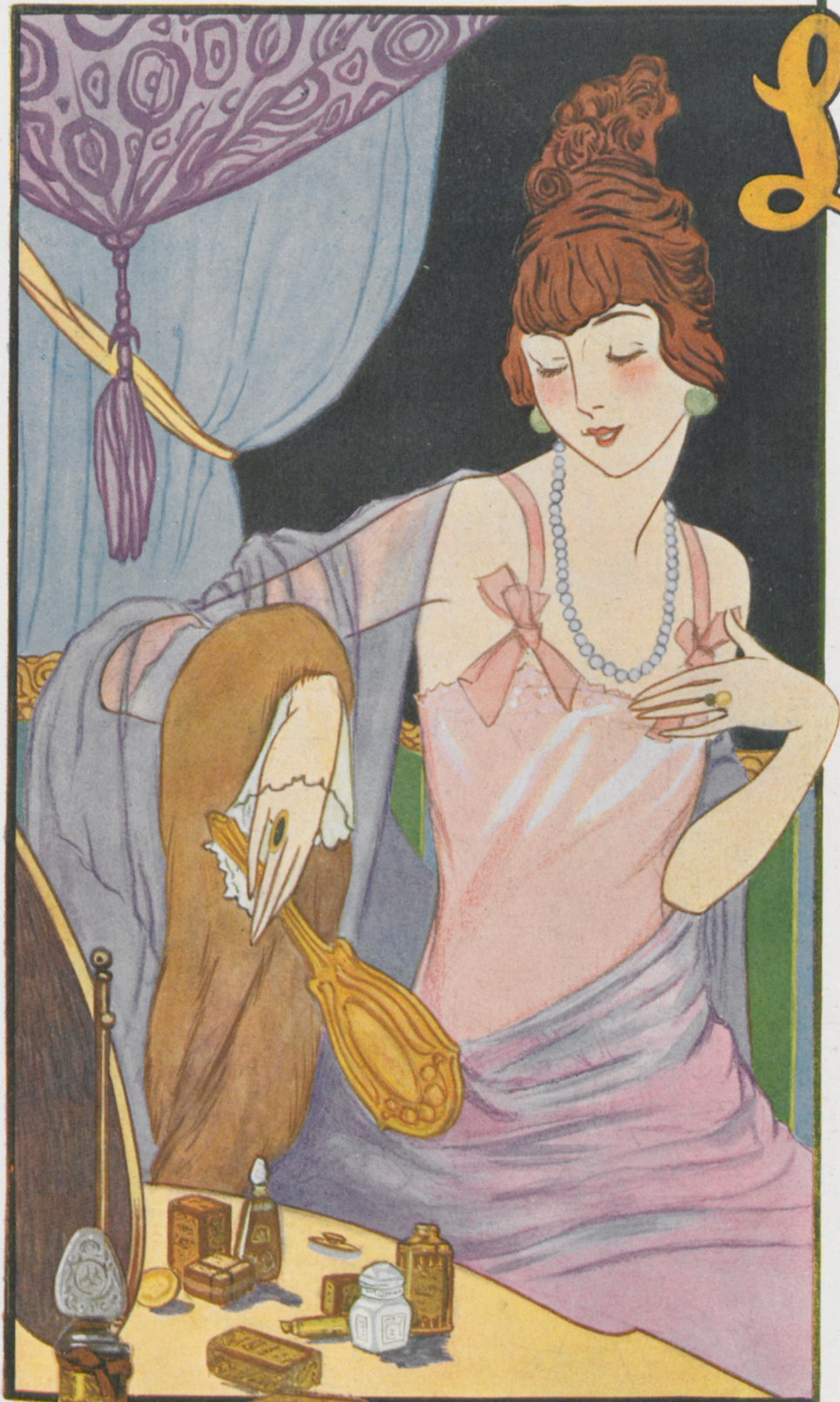


LOS
PROBLEMAS MENINOS

- No tengo ropa
que ponerme.....

ACUARELA DE MARCO

Luxor



Conseguir una feliz armonía de perfumes que sugiera la impresión de refinada originalidad constituye el logro de un secreto importantísimo para el tocado femenino.

Combinando los aromas de los Productos LUXOR se obtienen infinitas variaciones de originalidad y finura extraordinarias.

Los Productos LUXOR para el cuidado de la belleza y el Jabón Curativo ARMOUR para la higiene del cutis, además de realzar los atractivos naturales, preservan a la tez de los efectos del tiempo.

POLVOS, CREMAS LOCIONES, EXTRACTOS, SALES JABONES DENTIFRICOS, TALCOS, SHAMPOO, ARTICULOS de MANICURA, etc, etc.

Pídalos en todas las Tiendas, Farmacias y Perfumerías.

ARMOUR & Co.

CHICAGO, III, E. U. A.

REPRESENTANTES:

Frigorífico Armour
de la Plata, Soc. An.

Exposición y Ventas al por mayor:
660, AVENIDA DE MAYO, 670
BUENOS AIRES





PHILIPS ARGVA

Fabricantes
PHILIPS LTD. EINDHOVEN
(Holanda)

Unicos Agentes
VILH y MARZONI
Buenos Aires





Industrieministerium
mm



Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	6.3	4.5
2.5	7.1	4.0
2.8	8.0	3.6
3.2	9.0	3.2